

Tecfillo Old

BOULDROUD



EDICIONES MANDELAGORA

SANTIAGO DE CHILE

1942

Teófilo Cid

BOULDROUD

*La de los ojos mas bellos
que se ha visto*



IMPRENTA "RAPID"
Catedral 1242—Tel. 86057
SANTIAGO

1942

ESTA EDICION ORIGINAL, ha
sido tirada en quinientos ejemplares
numerados de 1 a 500.

EJEMPLAR Nº.....

Inscripción Nº.....

UNA HEROINA DE WALTER SCOTT

Nadie ponía en duda sus condiciones de soñador escéptico, nadie, ni siquiera quien le amaba. Bastaba conversar un rato con él, para cerciorarse de la extraña frigidez de sus facciones, de la helada distancia de sus ojos. Era rígido como un áspid. Como un áspid, en el momento del peligroso desarrollo; un áspid sobre la piel de Cleopatra, sí, eso era él.

Vivía entre los libros, domesticado por una pasión rabiosa, llena de símbolos. Veo monstruos azules, decía, afirmándose en el vano de una ventana. Esos monstruos, desfigurados por la luz violácea de cualquier atardecer, se confundían con sus sueños, aún con aquellos de más cotidiana índole, con sus gestos habituales, aún con esos de más humilde utilidad. Solía despreocuparse del mundo para vivir entregado al éxito de un portal, donde una niña, cuyo esplendor ocupa toda la calle, se lleva el decoro, la dignidad de los varoniles.

Antonio era así. ¿Qué más podría exigírsele? Nunca esperó nada de nadie, ni de nada. Todo lo veía a través de un vidrio lúcido, de una preciosa aleación de angustia, rubor y triste sabiduría. Por eso no pensó en matarse cuando Marta, su novia, murió. Dejó pasar algunos días después de los funerales y continuó haciendo la misma vida de antes.

Ahora, metido entre las sábanas, mira la curiosa luz que deja escapar el edredón entreabierto. Ahí vive su novia, la verdadera, la única; ahí vive la niña que jamás cumplió los ritos de la naturaleza, madre de tantos vicios y esperanzas. En ese rincón prohibido se reúnen, como en un fabuloso bestiario, sus animales y costumbres. Allí está la mano que acaricia lentamente, la pelvis dorada por un sol de fuego, la sien que late cuando la besan; están,

también, los lobos que persiguen a los trágicos trineos, los pétalos que brillan como luces de bengala. Viven como en una isla, lejos de todo concurso humano, de toda salvación. Continúan prolongando esos momentos de la noche anterior a las bodas, cuando el novio encarga un ramillete de azucenas y la novia se mete en un baño perfumado para despedirse de la doncellez.

A esa isla, que ningún náufrago puede solicitar, formada por el extraño resplandor de un muslo, de una ventana abierta hacia el espacio abierto y un tibio olor a carne humana, se precipitan los pensamientos, atraídos por un sortilegio, por una especie de imán cardíaco, guiados talvez por la esperanza de gozar, allí, la vida, con entera y delirante libertad. Antonio descubre los claros contornos, el césped que el verano deposita con exceso, el labio inferior de la palabra honor, colgante sobre un labio delicioso. Y todo esto, lo opone al griterío comercial en que su vida ensordece, y en esa isla se refugia ahora, mientras Lola, compañera de placer por una noche, se desnuda lentamente, midiendo el tiempo que demora su ropa en caer al suelo para formar a sus pies un elegante animal.

Ahora él sabe que está ebrio; pero ebrio a voluntad, como el llanto, como lo pueden estar, sin duda, los espejos en el día de los grandes tumultos. Sabe esperar que ella forme a su lado un montón de carne, de dulces olores y penetrantes pestañas. Sabe que, de súbito, esta masa inanimada se recupera y se incorpora al reino zoológico del amor. Basta un suspiro, entonces, para deshacer el encanto o para originar un placer más luminoso. Sabe, además, que esta medida del tiempo, llevada a sus consecuencias más insospechadas y remotas, se puede transformar en una persecución delirante a través de las sábanas, el cuerpo de la mujer acariciada y la noche que al lado exterior del cuarto se mueve y conversa rápidamente.

Tal vez sea necesario dar esa agilidad a la palabra tiempo. Desnudarse apresuradamente, hacer el amor detrás de una esquina, mientras lo policía no observa.

Antonio aprovecha el último segundo que le resta a su soledad, a su isla del fondo del lecho.

Mira con atención y columbra en medio de la pequeña chispa, porque otra cosa no es, a una niña que, semidesnuda, contempla obstinada un objeto distante. Este objeto puede ser una sirena, puede ser un barco, una botella, una carta. Mira con inteligencia, como suelen mirar las mujeres después del amor. Ella ha visto un dragón transfigurado, su pulmón hecho paisaje, más allá de la ventana abierta. En la ventana hay un soldado con un largo mechón de seda sobre el hombro. Este mechón parece pertenecer a la niña pensativa. Es del mismo color de su pelo. Se pueden reconocer sus hilos diminutos. Pero ¿por qué el mechón de pelo no guarda relación con la estatura del soldado? Antonio trata en vano de esclarecer el misterio. Al intentarlo, atrapa sin darse cuenta las piernas de su vecina de lecho.

Lola está metida hasta las narices bajo el soliviantado edredón. Las manos se cruzan para despedirse. Antonio trata de besarla, pero no puede. Junto a esa persona, separable a voluntad de su destino, piensa con martirizante emoción en su novia muerta. Ahora mira con nostalgia.

Desliza la mirada en la zona de luz. Con destreza ha evitado el contacto con su amante. Allá la luz comienza a crecer como dirigida por un instinto de aurora. Mientras reverbera para adquirir mayor impulso y dignidad, el joven acaricia con la mano libre el dorso de Lola. Hay que sacrificar hasta el último beso por una niña que vive así, en medio de una amiba casual, de una pequeña ostra ígnea.

Ella se parece a Luisa. Antonio piensa en Luisa. No vayáis a creer que se trata de su novia muerta. Antonio tiene gustos sanos y naturales. Le repugna todo regreso. Esto de pedir al recuerdo un aplauso prestado es repugnante. Jamás puede salir la luz del espejo con la misma dignidad con que entró. Nunca, ni siquiera en los cuentos de hadas.

Luisa es sencillamente una heroína, no una niña que lee a Walter Scott. Luisa vive en su domicilio incógnito. Antonio mismo

lo sabía cuando comenzó a amarla. Llegaba todas las noches a su casa, envuelta en un vaporoso abrigo de verano, y se iba sin musitar palabra. Esas visitas terminaron por darle un sentido especial a la vida de Antonio.

Siempre se oye digredir sobre el amor. ¡Pero qué amor! Aquello semejaba un vértigo. Luisa manejaba su látigo de amazona con terrible agilidad. En la casa de campo, hasta los perros saben reconocer y diferenciar sus dulces chasquidos. Detiene el ritmo del corazón en el instante preciso. Mide los suspiros que dejará escapar la boca, las amenazas ante una mujer culpable que suspira, también ella, arrodillada.

Reina tanta alegría en la casa. Los perros estiran las lenguas, los árboles, las hojas. Antonio suspira en medio de la gente. Esa noche, como tantas otras, la amazona detendrá su corcel frente a la casa. Y él podrá volcar, en ella, toda la sombra virgen, la sombra fértil que solivianta su cuerpo. Engreído en esa espera, no se da cuenta de la pequeña tragedia que a su lado se desarrolla. Una avispa ha muerto. Un león se ha convertido en girasol por circunstancias de acomodación al medio. Toda la tragedia que puede servir al cerebro cuando éste piensa en sí mismo.

Antonio debe esperar que la luz del día se oscurezca, gradualmente, para irse después a no sé dónde. Vive este momento de alegría con su madre, con sus hermanos, todos listos para marchar a un paseo campestre que los llevará hasta una caída de agua que existe cerca. Esa caída de agua es un poco parecida a los ojos de Luisa cuando los nimba el gusto, el placer. Sus hermanas baten la vainilla en el postre. Su madre pervierte a las gallinas con un lenguaje de vieja sentimental. Antonio, sin embargo, sonríe. Luisa en la noche es un vicio opuesto, un aire que cae directo a la zona vacía.

Sin embargo, aclaremoslo pronto, Luisa no existe. Tampoco existe Luis, el delirante. Ellos sirven a la trama de un idilio que jamás comienza. La amazona es una niña del vecindario que algunas

veces se acerca a conversar con sus hermanas. ¿Es ella, acaso, Luisa? Tampoco lo sabe.

¿Conoce, acaso, el disfrute que produce la mano con su contacto ardiente? La noche última la pasó entre los despojos del delirio. Un bacín de noche lleno de fósforo. La sirena del fósforo... sí... tal vez. Ella sigue una carrera que nadie interrumpe. Sale a través de un mar de blondas, del océano perfumado de sus pelos, de la negra enemistad del lecho y el trabajo. Antonio observa con qué rapidez sus hermanas se cambian de vestidos y se preparan a salir. Dentro de la casa quedará una niña enferma. ¿Es ella Luisa?

Cuando todos salen, Antonio regresa al cuarto. Aprovecha los momentos libres que el azar le facilita y, con cautela, abre la puerta de la pieza.

—¿Eres tú, Luis?

—Sí, soy yo, amor mío.

Ella entonces le comunica noticias espeluznantes. El reino pide auxilio a las potencias europeas, madrinan naturales del nuevo imperio; pero nadie lo ha querido socorrer. Todos saben que estas islas, acabadas de separar de una gran república, a pesar de su honestidad de islas solitarias y casi vírgenes, no podrían conseguir ningún empréstito, porque no podrían servir los réditos exigidos. El convenio, después de todo, según asegura la voz de Luisa (¿?) está implícito en los tratados anteriores. Las islas deberán ayudarse por sí solas. Mirad, si no, el ejemplo de Inglaterra. Su procedimiento marca una fortuna a las islas de buena voluntad.

Los dos piensan en la amazona. Los dos han visto trasfigurarse hasta la anarquía los rostros de los amantes. Exigen una prueba perentoria. Necesitan saber que, entre ellos, no existe un archipiélago. Un amor y un archipiélago y la amazona que los cubre a todos con su blanco delantal. Los dos afirman que la necedad, o sea, el vicio que corresponde a un rédito no obtenido después de la concesión de un pingüe préstamo, convierte a las personas corrientes en personajes de folletín, de esos que aparecen los Martes o los

Jueves a voluntad de un imaginario proveedor. Se retuercen las manos para girar el tornillo del éxito. Nerviosidad así, ni en esa isla...

Que brilla en medio de las sábanas. Que el muslo de Lola ha borrado y cegado casi por completo. Antonio continúa por inercia óptica examinando su ligera ebullición. Es el medio al alcance de los sonámbulos.

¡No me hablen de hipnagogia, porque no es eso!

Existe un verdadero resplandor en los ojos del dormido que anda. Parecen linternas de un mundo ajeno.

Antonio destroza esta imagen y gira hacia su amante el abandonado cuerpo. Lola tiene a veces un augurio cuando duerme. No se trata de una nueva ilusión óptica. Hubo instantes en que la esperó despertar diciendo:

Par délicatesse

J'ai perdu ma vie

Intenta dormir de nuevo para rescatar la fugitiva imagen.

En tiempos de la vendimia conoció a la amazona. En casa, la hermanita enferma porfiaba por defender el imperio. La amazona continuaba avanzando a través de un piélago de uvas. Era un prodigioso mes de Marzo aquél.

Así se conocieron y así aprendieron a amarse. La hermanita enferma ahuyentaba las miradas de los dos. Fuerte olor a estiércol, olor a mano. Aquel día pasó rápido, entre labios azules, ojos desviados, corazones sin pensamientos. Se desvanecía como en el sueño de un opiómano. Antonio imaginábala en el claro de los bosques, agitando una varilla de virtud. La niña voló en derechura hacia el ámbito más oscuro. Ahora, en el recuerdo, comenzaba a brillar como una isla de diamante en una isla de diamante.

Mientras tanto, pasaba siempre la mano por el dorso cálido de Lola. Pero, ¿es ésta la mujer ansiada? Miró su boca entreabierta. No, no era ésa...

—¿En qué piensas, amor mío?

Luisa, en vista del peligro y de la falta de ayuda, había pensado esconderse en el sótano más lóbrego del castillo. En la negrura de ese sótano se escondían los fantasmas de la isla.

¡Pero este continente tan decidido a no prestar ayuda! Los cablegramas se sucedían violentamente. Comunicaban, uno a uno, los desastres producidos. Sólo se oía un grito:

—¡Es necesario huir!

Los preparativos se hacen en silencio. Luis, sentado frente a una mesa, escribe una carta. Luisa se desnuda lentamente. Es necesario borrar astutamente los restos de su larga estada en el castillo. El gran mayordomo borra, apresurado, con una escoba, su propia imagen en las cornucopias vacilantes de la capilla. Sólo queda ya una vaga imagen que atraviesa las sábanas en dirección oblicua, imagen que cae con fuerza cegadora en una miga de pan, resto del último desayuno.

La isla, con prodigioso impulso, desciende al fondo del océano. En el océano habita la luz prendida a los ojos de los grandes peces. Todos llegan atrasados al festín. Un tiburón famoso, nacido en un lejano país de escarcha, se complace en escarbar el légamo del suelo. Ha sido necesario trabajar durante algunos días para minar esa furiosa superficie cubierta de conchas y moluscos de espantosa forma. Cuando todo está listo, la luz se desvanece. Un breve choque en el brazo ha sido suficiente.

—¿Qué te pasa, amor mío?

La voz llega desde un confín remoto, como hecha de nieblas.

Luis regresa a la alcoba con una vela en la mano. Pide disculpas a Luisa por su retraso y se mete al lecho. Librenos la deliciosa pareja de insistir en lo que hicieron. Sólo diremos que, a la mañana siguiente, aun conservan delatorias huellas de cansancio.

No obstante, hay que huir, huir... pero... ¿hacia dónde?

Las mujeres ya no pueden convertirse en estatuas, aunque miren hacia atrás. Han abierto la ventana y una ola de perfumes las empuja nuevamente al éxodo.

—Pero, ¡cómo! ¡No hay dinero!

Sus lágrimas se juntan al besarse. Siempre queda esta receta para aumentar el volumen de una lágrima. Es lástima que dentro de ella no se pueda meter un mundo, un caja de rapé, una carta, para echarla a rodar hacia abajo, en dirección a la ciudad perdida. Los adolescentes no saben sino llorar. Son los últimos descendientes de la dinastía amenazada. Cubren los cuerpos con el edredón ajado y surge la luz. Ella es una clara semejanza con la alegría que allí se extingue. Sus cuerpos se petrifican. Podrían dormir cien años, mil años quizá. Pero el estado actual del mundo no se los permite.

Luis salta otra vez del lecho. Sus coroneles se han reunido en el jardín a deliberar. Parece que el estado mayor ha decidido entregarse. Sus manos sueltan la paloma de la paz. Esta regresa con una daga entre las patas.

Al levantar los ojos al cielo, descubre que ya no hay esperanza. Las islas se desmembrarán en una lucha hosca, sin gemidos, como dañadas por un tumor maligno.

Las islas no serán más los jardines del Imperio.

Antonio recuerda a la amazona. Aquella tarde, cuando su hermanita se levantó, hablaron por primera vez de Luisa. Los dos conocían su existencia por un manuscrito hallado por casualidad en el sótano de la casa. Cuando la amazona les comunicó que ella también había pensado muchas veces en el destino trágico de los jóvenes del castillo, Antonio se conmovió de veras.

—Pero, entonces, ¿esa isla ya no existe?

—No, le contestó la niña, ya no existe.

Pero es necesario que vayamos a buscarla, aun a riesgo de nuestra propia vida...

La hermana contestó que ella, en medio del delirio provocado por la fiebre, había tenido un sueño singular. Se había visto en la misma pieza en que dormía, cubierta por una luz finísima, que invadía su cuerpo, proyectándolo en la pared como en un ecran de cine. Este cuerpo, desposeído así, por la extraña expedición lumi-

nosa, de toda capacidad corpórea, o sea, sin desplazar en nada el fondo de algunos cuadros colgados en el testero, formó una imagen muy semejante a la que siempre había atribuido a Luisa. Esta imagen que, de pronto, cobró una existencia independiente, se había lanzado en brazos de Antonio que en esos momentos se hallaba en el cuarto. La muchacha, un poco avergonzada, rehuyó una posible intención incestuosa de su sueño, agregando que, aunque por cierto era aquella su imagen, no era por cierto su voluntad la que la guiaba en tan insólita aventura.

—Veréis, les dijo, era yo misma y no lo era.

El joven miró a la amazona, sonriendo sospechosamente. Esta, al erguir la cabeza, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo soy Luisa, dijo. ¿No ves que te amo?

Ante esa declaración su hermana soltó la risa. Era un poco torpe para juzgar a los demás. Siempre creyó que esta muchacha, vecina de ellos en el campo y más tarde en la ciudad, podría ser una excelente novia para su hermano; pero nunca la creyó tan ingenua. (Las novias de su hermano eran sus rivales endemoniadas, echadas a vivir por culpa de un convencionalismo imbécil). Con desprecio se hizo a un lado para protegerse de tan repugnante contacto.

—¿Luisa? Tú te llamas Marta.

Enterrado en las sábanas vió otra vez la isla, y en la isla, el castillo. Luis revistaba las tropas. En estrecha formación pasaban los granaderos, los coraceros, los cazadores. Reducido ejército, por la vida, para sostener el avance de tan numerosos enemigos. Un radiotelegrafista le pasó un recado: "Imposible enviar refuerzos".

Arrugó el papel y lo echó a la acequia. Al dar vuelta la cara notó el semblante decepcionado de sus hombres. Echó a caminar hacia el castillo. Primrose, uno de sus pajes, le detuvo:

—Las muchachas quieren irse...

Un estremecimiento de terror invadió su espíritu. Hasta sus mujeres, sus placeres, lo abandonaban. Luisa, quizá ella también, deseaba partir. Desesperado se tiró a una hamaca bajo un árbol.

Las tropas se acercaron con curiosidad a ver al jefe que tan lastimosa crisis sufría. Poco a poco, guiados por un tácito impulso, cantaron un canción de infancia, motivo musical que había alegrado siempre el corazón de Luis. Este, envuelto en tan liviana melodía, soñó con su pasado y llevado por este sueño atravesó grandes galerías húmedas que lo condujeron a una población desconocida. Ahí vivían dos familias ejemplares. Las hermanas les hacían el amor a los hermanos y el padre vivía en libre placer con sus hijos de todas las edades. Pero, de pronto, la luz se hizo. Una joven se acercó a la familia vecina y se enamoró de uno de los donceles de la casa y lo hizo suyo. La joven era alta y hermosa. Galopaba sobre un poney irlandés. Esa dicha durará poco, pensó el durmiente, y así fué. Sin embargo, él no tuvo conciencia exacta de lo ocurrido. Su sueño fué después una masa confusa acarreada por sombríos deseos, una ola de sangre que al juntarse con otra ola de sangre se confundía en una marea de indescriptible horror.

Al despertar se vió sólo. Todo había pasado con la ola de humo que dejó la sangre al coagularse. Los soldados se habían retirado.

En cambio Luisa, desde la torre, inmensa torre del terror, le hacía guiños. Luis se acercó al castillo sin atreverse a distraer la atención de la joven que en realidad en esos instantes estaba fija en la distancia, en el paisaje resplandeciente. Una luz viva le quemaba las pestañas. ¿Cómo podía existir el sobresalto, la inquietud en un país de tan pródiga riqueza? ¿Sería necesario que, para que ésta existiese, el terror hundiese sus garras de buitre en el corazón de sus habitantes? Reflexiones de diversa índole comunicaban al estado físico de Luis una mortal pesadumbre, límite al delirio. Sus años de niñez en un mundo de encantamientos, donde todos se podían orinar en la ropa y hundirse en una feroz, aunque ingenua coprofilia. Todo eso, acompañado a la emoción producida por el sueño, hacía que Luis perdiese más contacto aún con la realidad.

A tientes, ya era de noche, atravesó la sala de armas. Esos

eran sus antepasados, sus abuelos remotos y desconocidos. Ellos conocieron el bienestar, mas no la dicha. "Daría todo el oro del mundo por sostenerme una hora en el patíbulo. Se grita, pero da gusto". Luis pasea la vista por los patinados cuadros. El no es un personaje de Bourget después de la muerte del padre idiota. "A nuestro lado, piensa, las cosas deben arrastrarse con cierta cólera".

Antonio se da cuenta, de repente, que Luisa ha seguido un pensamiento que no es el suyo, que es talvez el pensamiento atmosférico de la isla, proveniente del cerebro del lecho en que descansa. Luis no puede despreciar a los jóvenes provincianos. El mismo es un ejemplo de la gente provinciana que sufre. Todo su derroche de energía para defender el castillo es una muestra de exaltación lugareña, hostil a la marcha del progreso y la ciudad. ¿Cómo, entonces, oponerse a esta fuerza espiritual que desencadena en su interior una verdadera asamblea de elementos heterogéneos y violentos? Imposible decidirse entre dos mundos que pasan volcados al mismo objeto. Aunque la atmósfera se hiciese de gelatina y las manos se transformasen en manos de plasmador genial, nunca se podría copiar lo que hay arriba, abajo. La fórmula mística miente.

Luis huye a su dormitorio. El todas las noches piensa en otro Luis, más dispuesto a la lucha. Este Luis, mucho más grande que él, habita el centro de la tierra. Su Luisa no es como la suya. Ella es la verdadera hija del fuego. La única que bendice con su contacto maravilloso. El desgraciado príncipe piensa en ella.

Fina concha, del más lúcido esplendor, cubre su cuerpo. Un montón de dardos, de luces, de flores hay en su cerebro. Es el mundo humano comunicado al ancho y tenebroso mundo mudo de la especie, del reino animal, del reino vegetal, del reino mineral, del reino estelar.

Su espíritu, ya que no su cuerpo, desciende por una escalera de caracol disimulada en el muro. Esa escalera en realidad no existe, la ha creado su imaginación con un fin desconocido. Luis sabe mejor que nadie lo inútil que resultan esas salidas secretas.

Ninguna bella amante vendrá por ellas en la noche a consultarnos sobre la consumación de un dulce crimen. Además, el lacayo fiel puede huir por esas puertas con la vajilla de oro.

Las muchachas entre tanto espían la hora para huir del castillo.

La noche fría, húmeda, viscosa, como el ojo de un reptil. La lámpara de mano descubre su alucinante imagen. La llama afilada del candil atraviesa con crueldad el sitio obscuro. Las muchachas caminan por una rampa oblicua que desemboca a un foso donde un barquero espera. A lo lejos, se diría que Blondel, el trovador favorito de la reina sigue cantando sus últimas estrofas a Ricardo Corazón de León. El sonido de su vihuela lo transmite un parlante colocado ad-hoc en el patio. Los guardias conversan y un gallo canta.

El castillo, cortado con cincel brutal, surge asombroso en la penumbra histórica. Antonio apenas puede divisarlo entre las llamas que rodean su precipicio. Un movimiento de Lola, a su lado, acelera el incendio y cambia la perspectiva de sus pensamientos.

Aquí está la amazona. Se llama Marta. Ha vivido siempre junto a su casa. Antonio piensa en lo que pudo haberle dicho entonces. Nunca se atrevió a decirle nada. Nunca. ¿Para qué engañarse?

—¿Se puede entrar?, decía ella.

El postigo se entreabre y el caballo salta con suavidad sobre la alfombra. Al ralenti como en medio de la niebla. Sus manos rodean el cuello de la niña que cae entre sus brazos salvadores. La noche aprieta los estribos, los colores cambiantes de sus bridas alucinatorias. El placer corre libre por la estancia. Derrama el contenido alcohólico de la madera, de los retratos, de la mesa de noche, del gato que sube hasta el tejado a decorar con su rabo enhiesto el perfil de la obscuridad. Marta, la amazona cae al lecho, donde la isla de diamante la espera ansiosamente.

—Dime, amor mío, ¿qué te ocurre?

La isla del fondo del lecho continúa brillando. Con más fuerza, con más imperio. Las otras islas se han desvinculado del resto del archipiélago. El país de Luis está en guerra. Las generales suenan por todas partes. A la escarcha se une el rugir de los cañones y la lectura apasionada de los soldados. Todos leen cartas de sus novias. Algunos en los momentos de reposo leen novelas de guerra. Luis suplica a los hados que le quiten la vida. Sus mujeres han huído al campo contrario y hoy divierten a los generales del imperio en revolución. Solamente ha quedado Luisa; pero se advierte en su rostro una vaga nostalgia de no haber seguido a sus compañeras.

Por último pide a Primrose que la acompañe en la noche tormentosa. Siguen un sendero tortuoso, bajo la lluvia. Luisa envía un saludo al amante abandonado. No puede sacrificarse. Conoce hasta el hartazgo qué dolorosa antinomia supone el amor. Es necesario huir antes que esos feos hombres del Norte la agobien con su saliva infame. ¡Es necesario huir, Primrose, huir, a todo precio!

El pajecito la guía por la inextricable ruta. Junto al océano esperan al barquero que los ha de conducir al continente. Retroceden asustados. Un hombre avanza hacia ellos. Es Luis. Ella trata inútilmente de excusarse. Unos momentos después es entregada a la guardia, que la encierra en un calabozo. A Primrose le sacan los ojos a su vista. Después es degollado en el subterráneo del castillo.

Un nuevo movimiento de Lola adquiere en Antonio una importancia fácil de concebir.

Su hermana continuaba enemistada con Marta. Se trataban con palabras de zalamera amistad, pero en el fondo se odiaban. Cierta vez le dijo:

—Esa mujer me espanta.

Y entró en dudosas explicaciones. Se decían cosas horribles de Marta, que era mala, que era puta, que era bruja en fin.

—No me hables más. Eres una infame.

Julia se asustó. El insulto no le hacía daño, no; pero ¿por qué tan feo gesto? Sí, de veras, Antonio, la asustó. Nunca le había creído capaz de reaccionar en esa forma, tan, — ¿cómo decirlo? — violenta. El muchacho pensó:

—Lo hago por ti, Luisa.

Esa noche la amazona lo visitó de nuevo. Venía como siempre en su caballo blanco.

—Cásate conmigo, le suplicó, en mi casa sufro mucho.

El se lo prometió enérgicamente. En realidad, allá en el fondo de su alma, repugnábale casarse. Pero era la única manera de huir con Luisa de las islas, de recibirla de brazos de Primrose, antes que la voz de Blondel llegase a oídos de Luis y lo despertase.

—En mi casa existe una tragedia. Mi madre es un marimacho extravagante. Y a mí me duele aquí, agregó sonriendo.

La extremidad de su mano izquierda se colocó suavemente sobre su pecho. La respiración anhelosa y la palidez de su rostro le hizo pensar por un momento que ella se moría. Corrió angustiado a sostenerla; pero la visión se desvaneció entre sus brazos. Al despertar recordó pensativo los extraños sucesos de ese sueño.

A la mañana siguiente fué a verla. Marta le esperaba en el corredor de la casa. Le hicieron pasar a una sala donde un reclame de las virtudes de la vid fué lo primero que cautivó su atención. En ese cuadro se enumeraban las ventajas de la uva. Decía, por ejemplo: un kilo de uvas reemplaza a cien kilos de tomates, a dos kilos de patatas, a tres kilos de cebollas. Toda esa gastronomía incitante era un ordenamiento casi poético en el taller de Marta. Allí había naturaleza, vino y flores. Una naturaleza causada de ser natural y que buscaba atolondradamente una expresión en la poesía.

El codo de Lola lo distrajo por un momento. La luz seguía brillando en su sitio. La isla, no había temor, estaba siempre ahí. Después pensó en la amazona y en lo que esa tarde se dijeron.

—Yo la quiero a Ud.

La muchacha sonrió aquiescente. Sí. A ella no le des-

agradaba. Aún más. Confirmó la declaración de una tarde, cuando se identificó con Luisa, la infortunada princesa de la isla, y le pidió que la tomara en serio. Antonio juró que él siempre había creído en la veracidad de sus palabras, que no existía ningún motivo, por otra parte, para que se pudiera dudar de ellas.

Transcurrieron días de intensa felicidad. Antonio y Marta eran Luis y Luisa antes del desastre que motivó la ruptura. La boda se había fijado para dentro de algunos meses y en las dos casas todo el mundo la esperaba con alegría. Todos, menos Julia. Ella no podía aceptarla. En vano el joven, menos rencoroso que ella, intentó una explicación satisfactoria. No pudo conseguirlo. Julia lo miró como iluminada por un astro interior.

—Luis y Luisa eran hermanos.

No es preciso concentrarse. Las luces del castillo se han apagado. La voz de Blondel también. En la triste mansión todo debe ser tristeza. Allí donde las venas se calentaron en extraños y muchas veces impares impulsos, ahora es necesario que reine en todo su esplendor la tragedia. Luis llega con un puñal en la mano a la prisión de su antigua amante.

Esa será la noche de sus verdaderos esponsales. Primero el amor, después la muerte. Su cuerpo asume todas las posturas del placer. El bebe en ese foco de engaño, saliva y tedio que es su boca. Nadie comprenderá mejor que él, ahora, la significación de la muerte. Es un pavor con alas de murciélago, un secreto que se guardó con porfía y que a última hora a nadie sorprende. Todos entonces se retiran decepcionados. Es siempre menor el suspiro al efecto que produce. Este jadeo dulcísimo de Luisa cae como orba- llo en fierro caliente. Las gotas chirrian y un vaho color verduzco se escapa por la boca del amante. Una mujer corre y levanta la tetera. Ese té lo prepara la mano de una mujer enlutada. El luto cae por su cuerpo desnudo como una caída de tinta en un paisaje de mantel. Este beso de ahora será el último, pero quizás el primero en que el alma presta su concurso íntegro. Ellos no creen en

la separación de alma y cuerpo. La admiten en cuanto funcionalidad exclusiva de cada elemento, así como en las ecuaciones de álgebra, algunas veces el elemento A, según lo prescribe el operante, juega un rol de elemento B. Dentro de esa metafísica del beso, o como quiera llamársele, los elementos se confunden, se diluyen y algunas veces terminan por pedirse prestadas sus respectivas funciones. El amor se haría más cruel, más intenso y más sombrío si sólo interviniera la inteligencia. Ahora ellos se despiden del cuerpo y hacen que la cabeza los ayude a despedirlo. El puñal sobre la mesa es un hermoso paisaje.

Con ese puñal se podrá cautivar tu corazón, felina Luisa, que hiciste traición al dueño de tu alma.

—¿Qué pasa, amado mío? ¡Despierta!

Lola lo sacude. Antonio suspira. La isla parece por momentos que desaparecerá en la superficie blanca. Antonio cree que todo depende de la fuerza de su pensamiento para que ella viva sin languidecer.

Sin languidecer como Marta que poco a poco fué enfermándose sin que nadie, a causa de la misma lentitud del proceso, lo notara.

Luis, por otra parte, había dicho a Luisa, antes de matarla:

—Sí, soy tu hermano, y te amo.

Y hundió el puñal en el seno de la adorada. Su sangre brotó en forma de un alegre surtidor. Es siempre agradable mirar la sangre en el cuerpo amado. La limpió con la manga de la chaqueta y salió de la habitación. En ella quedó Luisa. Su cuerpo servirá de cuerpo a las serpientes para sus violaciones nocturnas.

Antonio, con los ojos inyectados, la mira a través de la isla que ahora flota, como una hoja de diamante, en el lecho que desborda. Sus axilas que servirán de alero a ciertas golondrinas que viajan por las distintas latitudes del ataúd buscando los veranos de la muerte. Sus muslos como ríos de lienzo, como caídas de ropa en la noche apta a la caza de los murciélagos. Sus labios que perduran una sonrisa sin color. Mira la escena y se refugia junto a Luis.

—¿Quién eres? le pregunta éste.

—Yo soy la sombra errante.

Antonio cae a sus pies. No puede resistir más. El no ama a Marta. El no ama a nadie ya. El ama a Luisa. ¿Por qué la mataste, despiadado? Luis lo mira con asombro. Después le pregunta:

—¿Ha leído Ud. a Maeterlinck?

Antonio, sorprendido, no contesta.

—Pues, léalo.

En el castillo hasta el último festón tiembla balanceado por el huracán. El cañón no descansa. Un soldado pasa frente a la habitación con un corazón ensartado en la punta de la espada. Luis se mira en el espejo, tiene sueño y piensa en otro hombre. Ese hombre pensado por él vive innato en el seno de una mujer.

Antonio quiso explicarse el consejo del príncipe. Maeterlinck. No... Ese señor no podría interesarle... Releyó sin embargo sus obras y cuando menos lo esperaba encontró la clave. Era una frase cualquiera, un relleno literario vulgar, de esos que llaman muletilla los oradores y que en literatura dejan con la boca abierta a los imbéciles. Antonio se dió cuenta de que acertaba por una especie de instinto o intuición que lo acompañó durante la lectura de todos esos volúmenes. Esa intuición lo hizo hallar en las últimas páginas de "L'hôte inconnu" la frase que lo liberó de leer el resto de las obras y le dió la clave buscada. Al día siguiente rompió su compromiso matrimonial con Marta.

—¿Qué tienes, amor mío?

Antonio no quiere moverse. La luz en el fondo del lecho, erguida como un tallo demasiado débil, apenas se sostiene. El sabe que la isla terminará por desaparecer. Esa noche fué la fiesta del tumulto. Cuando el castillo cayó hecho escombros, el también cayó hecho escombros. Su hermana lo había mirado comprendiéndolo todo.

—¿Has comprendido, al fin?

Es inobjetable que al destino también se le desafía con una sonrisa. Eso fué lo que hizo Julia cuando Antonio cayó a sus pies.

—Todo, absolutamente, todo.

Los acontecimientos tomaron un impulso inusitado. Estaba aún Antonio arrodillado ante Julia, cuando la madre de ambos apareció en la puerta. Abarcó la escena de una mirada y se retiró tan silenciosa como entró. Apenas si se escuchó una pequeña discusión en el pasillo. Luego, la voz del padre:

—Eso no es sorpresa para nadie.

Esa misma tarde Antonio salía del hogar. Ese fué el comienzo de una nueva vida para él. Ya el castillo destruido, Luis se había refugiado en una de las murallas donde desde antiguo existía una cabidad secreta. Ya no existe Luis, ni Luisa, ni el paje Primrose. Ya las islas no serán más los Jardines del Imperio.

El imperio al desmembrarse ha hecho de Antonio un inces-tuoso, un criminal. Marta ha fallecido de una afección al pecho.

Antonio escribe inconsolables, interminables cartas al Presidente de la República, pidiéndole que lo ayude a rescatar el imperio de las manos facciosas. Sus amigos lo abandonan. Ya no sabe ni para qué vive.

Su hermana Julia le ha escrito una carta admonitoria. Ella ha seguido la novela hasta donde es permitido por la moral y las buenas costumbres solamente.

“Es necesario, hermano mío, que comprendas que la vida es distinta a lo que se sueña. Tú eres un sugestionado, un envenenado por una gran ilusión. Vuelve a casa. Todo el mundo está dispuesto a perdonarte”.

Antonio piensa en sus padres con una sonrisa escéptica. El imperio lo espera con sus islas prodigiosas en el fondo del mar. Su padre le escribe cartas amenazantes. Lo encerrarán en una casa de salud. Julia insiste: “Todo el mundo está dispuesto a perdonarte”.

En su trayectoria hacia el vicio ha encontrado a Lola, la mujer que ahora lo acompaña en el lecho. Esta es la última noche que

pasará en el país. El conoce su situación mejor que nadie. Es preciso salvarse a toda costa. Pero, para eso, es preciso también, marcharse, huir lejos. Lejos de Julia, de la tumba de Marta, a un país donde las camas no tengan islas de luz, donde su ilusión, su pensamiento, su corazón entero pueda hallar una actividad factible y provechosa. El mapa gira aceleradamente en su cerebro. La amante lo mira con curiosidad, con tierna curiosidad.

—¿Qué tenías, amor mío? ¡Te he visto soñar tanto tiempo!

Antonio abre los ojos y con voz desvanecida:

—Sí, mucho tiempo. Quizás más tiempo de lo que tú te imaginas.



EN LIBRE PLATICA

Una novela de amor tal como sentimos el amor a través de las propias experiencias, un poco mustio, bastante humillado por las múltiples celadas de la ira cotidiana, una novela de amor así, con su realidad palpable, podría describir esos errores iniciales de la vida, aunque para lograr ese objeto debiéramos desdeñar las numerosas causas ajenas a él y posponer acaso no pocas evidencias posteriores. Pero es un placer que se justifica por si sólo girar en torno a ese penoso cigüeñal, punto central de tantas aventuras nuestras y único soporte de la vida.

Apenas traspasé los veinte años fui a caer para mis males a ese pueblo deletéreo y malsano, lejos de toda ayuda familiar, encerrado completamente tras las pétreas cadenas de mi egoísmo. Era bastante desagradable mi presencia, lo confieso, entre tanta gente dichosa, que se empeñaba en vivir con cierta holgura, descuidando las cadenas de su mísero egoísmo. Ellos hacían de la vida una suerte intelectual de conformar a un medio establecido, que poseía un misterioso poder sobre la gente, sus deseos, si es que algunos les quedaban, personales. Esa inclinación generosa, torpemente generosa, me irritaba. ¿Con qué derecho, me decía, estos miserables se desprenden de sus propias esperanzas para hacerlas revivir podridamente en los demás? Si con un poco de más imparcialidad y más filosofía examináramos las ventajas de una convivencia y ayuda mutua así, veríamos, con no poca sorpresa, que los resultados son bastante despreciables. Lo único que han conseguido, es amargarse con las palabras más horribles, deber, trabajo y felicidad, sin pensar que muchas veces el deber no es nada más que un sinónimo de hábito, el trabajo un disfraz más o menos dichoso del concepto esclavitud y la felicidad una mezquina presunción burguesa. Todos

los modernos calificativos con que el hombre ha pretendido enmascarar sus miserias ancestrales, me mortificaban hasta hacerme morir de asco. Sin embargo, nadie podía decir de mí que sufriese de inadaptación, o que debido a una complexión enferma y delirante, estas teorías me obligasen a buscar un refugio en los campos más opuestos al sentido general; no tenía nada de eso; en mi trabajo era puntual y comedido como el más, y gozaba de un standard de salud bastante regular. Aquellas críticas, pues, nacían de mi propio temperamento, sin que nada, ni el menor concomitante externo colaborase en su aparición.

Ya es tiempo de decir, no obstante, que yo era hijo único de padres acomodados y que, como tal, nací en condiciones que, según decir de todos, son bastante desfavorables. Inconformista por naturaleza, vagué durante los primeros años de mi vida sin hallar en ninguna parte un punto fijo de asidero. Como esa situación se prolongase más de lo debido, y como a las críticas apasionadas de mi familia comenzasen ya a sumarse las de todo el pueblo en que vivíamos, mis padres decidieron enviarme al sur, donde un diputado de gobierno me ofrecía una no muy mala colocación. En esa forma llegué a ese pueblo, a una edad, propicia al trastorno de las ideas, casi con la seguridad de volver en seguida al hogar paterno, pues la nostalgia, el disgusto y el frío me iban volviendo neurasténico. Transcurridos algunos meses logré habituar mi furia a un grado natural, me aislé bajo una capa de orgullo y caractericé mis facciones con la mueca más dura y solitaria, transformaciones preliminares todas estas que me permitieron desafiar con ventaja mis internas debilidades. Como ocurre en casi todos los que sufren de timidez, me volví arisco y desdenoso, casi fatuo puedo agregar, aunque esta denominación resulte un tanto gratuita, ya que ella me fué adjudicada por los otros, sin que a mí me permitiesen recusarla. En esa mortal, curiosa atonía de nervios, ocupado durante semanas enteras en la tediosa tarea de revisar contabilidades, libros de ventas y entradas, conseguí animalizar aquella parte de mi espíritu que antes consideré como bien inalienable. Después de

las faenas habituales, esos horreras de almacén que convivían a mi lado todo el día en la oficina, se iban a los bares a acabar de embutecerse, y como la noche se venía encima sin ninguna transición, y mi voluntad estaba herida de muerte, yo también me acostumbé a acompañarlos. Así habría continuado la mayor parte de mi juventud de no mediar unas nuevas, imprevistas circunstancias que me alejaron para siempre de esos hábitos para hacerme caer en otros.

En diferentes ocasiones había sido comisionado por mis jefes para salir al campo y a los pueblos de los alrededores a hacer unas cobranzas. Algunas veces estas comisiones se prolongaban por algunos días, en los cuales debía alojar y comer en las mismas casas de nuestros deudores, situación más o menos ridícula que nuestro gerente y demás jefes no se cuidaban de modificar y que, por otra parte, no dejaba de ser molesta para el empleado que las cumplía. Sin embargo, esas comisiones eran solicitadas con bastante interés por todos los que trabajábamos allí, sea porque esos viajes nos proporcionasen una ligera sombra de lo que es la libertad o porque así muchos se podían emborrachar impunemente, el hecho es que nadie rechazaba esa estimada granjería. En uno de esos viajes llegué a conocerla, digo conocerla, cuando en realidad cometo un error al aplicar ese verbo que señala un grado más alto de conocimiento que el que pude instaurar con ella, pues la ví solamente una vez, y eso, de soslayo. Pero nada me importaba puesto que así podía voluntariamente destinar una parte de mi alma a una ocupación ajena a ese trabajo que la detentaba todo el día, y hay placeres de la imaginación que, si bien no igualan en corporeidad y permanencia a los que la realidad ofrece de vez en cuando, no dejan, sin embargo, de poseer cierta fijeza y cierto ritmo, musical podríamos decir. A las dos de la tarde, con el vientre lleno, la boca grasosa por la comida indigesta del hotel, el cerebro lleno de sonidos opacos y las sienes golpeadas por la sangre monótona y jadeante de la hora de la siesta, una figura como aquella, estilizada y tierna, venía a diario a levantar mi pluma hacia lo alto

y a dejar caer un informe goterón de tinta sobre el libro mayor. Este recuerdo podía muy bien indemnizarme de todo lo asqueroso que tenía para mí esa sórdida realidad, porque en esa forma, ya que no era ni escritor, ni artista, me evadía de los míseros contactos cotidianos. Eso acentuó mi desdén hacia los demás, me impuso una fiebre continua de dolorosa exaltación mental muchas veces determinada por motivos inocuos, y que me transformaba en un individuo colérico y sin educación, al que era preciso disgustar, moler a dificultades y sumir en su propio odio. Mis compañeros me odiaban y mis jefes también; muy pronto llegué a ser el alma en pena de la oficina, papel que por mi parte mantenía con agrado, ya que me brindaba la ocasión de hacer la vida libre, la ansiada vida libre de la infancia, aunque en forma artificial y dolorosa.

En muchas formas del orgullo se esconde un ser así. La cólera mantenida con desgaste de las fuerzas humorales, es siempre fiel refugio para el que ama vivir libre, y es la cólera, como plano inferior y permanente, la base del orgullo de los libres. Estos han de luchar contra toda fuerza ajena, para hacer de su libertad un privilegio vitalicio.

Para librarse de mi enojosa presencia mis compañeros de oficina hicieron todo lo posible por intrigarme ante mis jefes; pero no obtuvieron nada, porque éstos no podían despedirme sin caer en desgracia así ante el diputado de gobierno que fué mi recomendante. Ese diputado era el protector oficial de la industria ante el gobierno y muchas de las feroces exacciones que ésta cometía con los pobres adquirentes eran acalladas por aquel sin que se pudiese nunca en forma alguna reprimirlas. Sabedor de esa situación me aproveché de ella, hasta convertirme en la neuralgia de mi jefe, intensificando de mil modos la malquerencia que me rodeaba, presa de las mismas redes que con tanto cuidado había tejido. Para no verme más decidieron enviarme en comisión, como ya se hiciera en otras ocasiones con los mejores empleados, pero en mi caso sólo por desterrarme de sus ojos, limpiar la oficina de mis coléricas miradas, de mis gestos de demonio perseguido y sobre todo

de la crítica amarga de mi boca. Creo que el día de mi partida muchos suspiros de alivio debieron brotar en esa casa y casi estoy seguro que más de alguno bailó de gusto.

Sentado en un vagón de ferrocarril y más tarde en un ju-mento que arrende en la estación de término, pensé con sumo agrado en ese odio que ponía, entre mis semejantes y yo, unas horas de distancia, a las que yo agregaba el placer de sentirme libre con mi cartapacio de muestras bajo el brazo, cabalgando por el campo. Bien sabía yo que toda esa libertad, esa respiración a pleno aire, no la debía sino a causas desdichadas, es decir a lo que cualquier hombre, distinto a mí, habría considerado como tal; pero ese sentimiento, de haber existido en mi harto endurecida alma, se habría visto equilibrado inmediatamente por el placer de saber que pronto llegaría a casa del objeto de mis azares.

Durante los días que pasé en la oficina con el recuerdo de ella en la cabeza y que, ahora bien puedo declararlo, me sirvieron, más que para amarla, para odiar su pureza campesina, o lo que yo creía pureza en ese tiempo, para tratar de ensuciar su imagen con los más abyectos pensamientos, durante esos días, me hice el propósito de asediarla hasta lograr mis fines. Y sin confesármelo, porque eso me habría dado mucha vergüenza, constaté en el sub-plano de mi existencia conocida un fondo brillante y débil que sólo se iluminaba cuando mi voluntad decaída oscilaba hasta las lágrimas. ¿Ternura? ¿Qué podía ser aquello? En mi último viaje había llegado hasta los confines de la provincia y en una casa mitad almacén, mitad habitación, descubrí la causa de esas preguntas. Era una muchacha sin relieve alguno, baja, morena, virulenta. ¿Pero sus ojos, había tanta luz en sus ojos y sus manos se me ofrecieron con tanto abandono cuando se las apreté al conocerla! Una prueba de virtud, me dije, para engañar mi inclinación a desearla y la fui despojando mentalmente de todos sus vestidos.

Hacia allá iba ahora, después de algunos meses, con el propósito de permanecer a su lado hasta vencerla. Para conseguir este objeto, contaba con mi dinero y ¿por qué no decirlo? con la

mentira y con la audacia. En honor a la verdad, debo anticipar, no obstante, que nunca me había metido en una empresa similar, y que, por naturaleza, me han repugnado siempre las mujeres, a las que encuentro demasiado distintas. La diferencia me horrorizaba; pero no tanto que me impidiese acercarme a ella. La ví y quedé desengañado; alguien, no recuerdo quién, me comunicó que estaba de novia; la maldije y continué mi viaje sin lograr la deseada entrega. La mediación inesperada del azar me salvó de regresar a la ciudad en ese estado de derrota. Al bajar en una estación cercana al lugar en que ella vivía, por unos asuntos comerciales que allí debía gestionar, la ví avanzar en mi dirección con un paquete entre las manos:

—Venció, me dijo sencillamente.

No le pregunté nada; no me importa lo que piensan las mujeres, ni menos las que amo. Me interesa únicamente su obediencia, esa parte siempre cambiante de mí, que me van ofreciendo en las horas siempre claras del placer. Después de todo, esa es la mano que las caricia como ellas lo desean, sin hacerlas bostezar. Posiblemente mi silencio la ofendió y quiso retroceder, asustada de lo que ha debido llamar mi acogida tan "glacial". Las mujeres siempre se figuran que nosotros los hombres debemos caer ante sus pies; ya no era tiempo de venir con esos dengues. La cogí brutalmente del brazo, estampándole un beso casi grosero en la nuca. (Es ahí donde me gusta besar a las mujeres). Más tarde, en el cuarto del hotel, me miró con desenfado.

—Es necesario que sepa la verdad. Mis padres me aburrían. Siempre aburren los padres, pensé. Para que alguna vez seamos lo suficientemente francos como para encarar esa verdad. Los padres aburren con rapidez en ciertos casos. Elena no llegaba aún a los veinte años y podía por tanto permanecer allí de espaldas todo el día, mientras yo discutía con mis odiosos clientes. Al volver la encontraba indefectiblemente silenciosa detrás de los vidrios mirando con sonrisa alelada los vagos transportes del crepúsculo. Fué una suerte para ella que esos días me encontrase con hombres sanos, dispuestos a liquidar sus asuntos y a hacer nuevos pedidos.

En caso contrario le habría ido mal. Su sonrisa errátil comenzaba a asquearme, su falta de limpieza, su descocada pereza. Sé una buena niña, le dijeron en la infancia, y Elena se divertía en adherirse a ese concepto hipócrita; sé buena, como si este diseño moral, descrito por todas las buenas obras de la parroquia, recabase en el amor alguna ventaja notable. Su bondad, sin embargo, se limitaba a cierto mínimo decoro en los modales y a observarme por el rabillo del ojo, y no de frente como debiera hacerlo toda niña sana, cuando yo cumplía un ritual higiénico en el lavabo o cuando me desnudaba ante el espejo. Venció, me había dicho, y ella hacía lo posible por vencer en la derrota. Con esa malicia sutil, tan útil por ejemplo para hacer un buen negocio, me hurtaba sus propósitos, aquella planicie incógnita de su alma donde éstos anidaban, sin pensar que a mí sólo me interesaban sus cumbres desoladas. Cuando el cuarto día le comuniqué mi partida al pueblo donde vivía y como le hiciese ver que ya podría regresar ella también al suyo, se quejó por primera vez de mi "glacial indiferencia". Me encogí de hombros y continué tamborileando los vidrios a su lado durante unos minutos. Esa ocupación absorbía muchas horas de mi actividad diurna, como asimismo de la noche; en cada dedo tenía un callo y en la frente una arruga ancha, feroz. En esa forma me vengaba de la suerte.

—¿No se da cuenta que no puedo volver?

Esta facilidad para adherirse a mi persona me pareció de muy mal gusto. Casi denotaba cierta ausencia de decoro indicármelo a mí que solamente la había prometido unas horas a su lado. Además no podía permitirme un lujo así, fuera de los alcances normales de mi bolsillo, y que, por otra parte, podía poner en peligro mi equilibrada vida de hombre solo. No obstante, me inclinaba a ella, como si esa llama de deseos que alimentaba por sus encantos estuviera aún erecta, dándome una sensación de ubicuidad romántica bastante lastimosa. Elena a mi lado, se apelonaba de angustia. Pasé la mano sobre su pelo deslumbrado; varias chispas vibraron en el vacío ético de mi alma.

—¿No se da cuenta que no puedo volver?

Estuve a punto de replicarle que eso me tenía sin cuidado, pero juzgué con severidad esa confesión y la retuve entre los labios con el amargor de la cólera que empezaba a cosquillear mis glándulas. Después de todo, ya podría pensarlo mejor más tarde y evocé mi cuarto solitario en la ciudad para que su imagen cruel, no ofreciéndome ningún halago, me permitiese tragar la acre respuesta que preparaba adentro. A pesar de todo, no pude impedir que mis hombros repitieran ese gesto de indiferencia con que mi organismo se defendía instintivamente. Elena retrocedió:

—También usted es un canalla.

La palabra también me hizo pensar un rato mientras me acostaba. ¿Por qué la dijo? ¡Bah! Posiblemente por su novio, también a él lo había colmado con su pegajosa adherencia. Bien probado le está, me dije, y la recibí en mis brazos cuando depositó su cuerpo en el lecho. La miré de perfil; su sonrisa irónica continuaba allí, aún en la obscuridad, como insultando mi oprobio. Aquella noche la acaricié como nunca lo había hecho y sentí una extraña ternura por esos labios sonrientes, alhelados. Sin darme cuenta comenzaba a interesarme por el lado diferente de su cuerpo, por aquello que no había en mí y que tanto había menospreciado antes. Cuando al fin me preguntó si quería llevarla conmigo no eché de ver la malicia de su pregunta, ni el arte con que la había ido preparando, sugestionándome primero con sus besos. Es lógico que proceda así, pensaba, porque me ama. Y al día siguiente después de unas horas en un vagón de tercera, llegamos a la ciudad, a mi cuarto. Le indiqué el rincón del lecho, la silla y los otros objetos y salí a comprar velas, porque a causa de un temporal que se había desencadenado días antes las comunicaciones estaban rotas y la ciudad a oscuras. Cuando volví la hallé en el mismo punto, o sea, junto a la ventana mirando al exterior. Se apoderó de la vela y sin mirar a ninguna parte se desnudó, diciendo que no podía tragar bocado de cansancio. En el comedor me esperaban los otros pensionistas, entre los que se contaba un compañero de oficina y una mujer rubia, querida del alcalde. Esta me saludó sonriéndose:

—Se vé que ha tenido suerte Ud. en su viaje.

Para no darle oportunidad a preguntarme sobre nada, me senté a la mesa sin hacer gran caso de las miradas de provocación que me dirigían mis vecinos. Uno de ellos propuso que mi llegada debía celebrarse bebiendo. Seguramente, respondí, es necesario festejar mi suerte. A pesar del odio que por mí sentían no titubearon en beber a costas de mis bolsillos y el vino corrió por los vasos hasta que la embriaguez se encargó de disipar las malquerencias. Horriblemente charlatanes por naturaleza, el licor excitó esas naturales aptitudes y muy pronto aquella mesa fué un lugar de confidencias y confesiones tanto más ridículas cuanto que nadie las solicitaba.

—Tengo una esclava, grité vacilante.

La mujer rubia se lanzó a defender lo que ella llamaba sus derechos femeninos. Las voces descompuestas de los otros la corearon. Las mujeres no son esclavas, no, protestaban esos miserables que no habrían titubeado en propinar una paliza a sus mujeres. El amigo se chancea, proseguían en tono conciliatorio, para no perder los jarros de vino que podría ofrecerles aún. Exasperado me levanté de la silla y los invité a subir; se miraron con extrañeza, a pesar de la embriaguez, y me siguieron hasta el cuarto donde Elena los recibió temblando, mirándome asustada. Ellos, detenidos en la puerta, la saludaron con muestras de respeto. Elena me sacudió la manga tratando de cubrirse con las mantas de la cama:

—¿Qué quieren éstos?

—Casi nada, contesté, conocerte.

Le arrebaté la ropa de un golpe y la dejé completamente desnuda ante los ojos de los otros. Elena no se movió, tanto era su terror, inmovilidad y terror que yo aproveché para cruzarle el cuerpo con mi cinturón. Como alguien quisiese intervenir me di vuelta hacia el grupo y los insulté a todos. Elena, desvanecida de miedo, a fuer de buena comediente se retorció sobre el lecho y yo avancé hacia ellos con la vela en la mano y con la resolución de matar. No recuerdo más, un feroz golpe aplicado en la mandíbula me dejó

sin conocimiento. Cuando desperté, Elena no estaba allí. Corrí al teléfono para averiguar su paradero y al pié de la escalera, junto a la puerta que daba al interior de la casa, la encontré observando la lluvia que empapaba el patio. Al preguntarle por qué no subía me dijo que no pensaba hacerlo más.

—Espero que pase la lluvia, me dijo.

La cogí violentamente del brazo y la arrastré hacia el cuarto. Me miraba con tanta angustia que, lo confieso, me dieron deseos de reírme; pero a fin de asustarla más me contuve y me contenté con darle un puntapié bastante moderado en el trasero.

—Eres una gran imbécil, le dije, si das importancia a lo de anoche. ¿Quién eres tú para aspirar a la responsabilidad de tí misma? Estás en mis manos y debes ser mía. Aun en el caso hipotético de que Dios exista, sería yo y nada más que yo el que respondería de tus actos y no tú, pobre tonta...

Le puse unos billetes en la mano para que se comprase lo más necesario a su nuevo género de vida en la ciudad y me fui a la oficina. En cuanto hube llegado a ella, el gerente me hizo llamar:

—La casa está muy disgustada con Ud., señor mío, me dijo.

—No lo estoy yo menos con la casa, le respondí con cinismo. ¿Y se puede saber por qué la casa lo está conmigo?

Entonces el gerente me dijo que las continuas quejas de los adquirentes de la industria, muchas de ellas, aunque pareciese raro, bastante motivadas, lo habían decidido a despedirme del trabajo. Un empleado, cuya presencia y chanzonetas odiosas obligan a sus compañeros a evitarlo, y que puesto en comisión se convierte en un tirano expoliador de la clientela, indisponiendo así a la industria con las personas de la región, no debía permanecer un minuto más en la oficina. En realidad, según supe después, lo que motivó verdaderamente mi salida fué la falta de apoyo en que quedé después que el diputado de gobierno que me protegía terminó el período de su mandato. Por otra parte, el alcalde aquella misma mañana había telefoneado a mi jefe comunicándole el escándalo de la noche an-

terior. Recibí, pues, lo que se me adeudaba y con el corazón ligero me dirigí a la casa. Perros, mascullaba, mientras iba por la calle, no saben cuánto los desprecio, de saberlo no se habrían molestado en inventarme esa mentira. ¿Yo expoliar a los campesinos? Y bien, ¿acaso no eran órdenes tuyas las que cumplía? Es cierto que en mi celo muchas veces, la intransigencia brutal de mi carácter exageraba el reglamento. Si se me exigía una prórroga para pagar una letra por vencerse casi siempre me negaba. ¿Pero no iba eso en provecho de ellos mismos? ¿Debía forzosamente afelpar la sevicia de esos tiburones dándome aires de pastor protestante y diciéndoles, por ejemplo: “No importa que no paguéis ahora, hijos míos, en cuanto podáis cumplir con vuestras deudas estaremos con los brazos abiertos”? No, mil veces no. Yo era franco y les gritaba: perros tramposos, ya veréis cuando lo sepa la Gerencia. Y ahora que la Gerencia lo sabía me dejaba sin empleo y ante el peligro de morirme de hambre. Sacudí las suelas de los zapatos (esta es una manera de decir) y me dirigí a la casa. Elena no se percató de mi llegada; con una aguja en la mano remendaba mis calcetines. Se los arrebaté con furia:

—No quiero que hagas nada, le dije, además te ordené que salieras a comprar lo que necesitas.

Durante un largo rato me miró y por primera vez aquella planta habló con voz humana:

—¿Por qué me quitas el trabajo? Eso me hace bien; tú no lo comprendes porque eres malo... Todo el mundo dice lo mismo de tí, que eres horriblemente malo.

Me senté en la cama, mirándome siempre en el espejo del ropero y sin atender al contenido de sus palabras. Ser malo o ser bueno era algo que me tenía sin cuidado desde hacía muchos años o por lo menos así me parecía. Con tono indiferente:

—¿Tú también crees lo mismo?

Lo dije sin hacer que mi cabeza se levantase de la almohada para mirarla. Tenía los pies húmedos y en todo el cuerpo un des-

agradable olor a paraguas, a goma mojada. Unos gruesos goterones caían sobre el techo prolongando a la fuerza la lluvia de la madrugada. ¡Diablos! pensé, ahora sin empleo y con esta golfa auestas, ¿qué voy a hacer? Por un momento se me ocurrió abandonarla, irme lejos, tal vez refugiarme al lado de mi familia. Pero después deseché esa idea por irrealizable. Mi familia ya no contaba para nada. Ella misma fué la que me condujo a ese laberinto de vicio, tedio y lasitud en que me veía ahora precipitado. Por lo pronto podía reducir las primeras eventualidades a mi arbitrio, para eso aún me quedaba una regular suma de dinero, y después de todo, ¿qué esperanza verdaderamente sería podía nadie depositar en mi porvenir? Eché a los diablos esas fúnebres ideas y me puse a silbar. Casi siempre lo hago así. O tamborileo o silbo. Después de largo rato advertí que estaba solo. Y como ya no tenía a nadie por testigo me tendí en la cama. Elena volvió con unos paquetes. Continué silbando.

No puedo calcular el número exacto de días que permanecí en esa posición. Tenía la garganta seca, las pupilas agrandadas por la obscuridad de la pieza (le había prohibido a mi compañera que abriese los postigos), y en los oídos me sonaban a veces entrecortadas preces, dirigidas a no sé qué repugnantes imágenes que adornaban las paredes de la habitación. En el fondo, como por otra parte me ha sucedido casi siempre, no pensaba en nada. Presentía que en esa forma se estaba más cómodo; tragaba los alimentos sin masticarlos o me hundía entre las sábanas a rumiarlos con sadismo. Tampoco puedo describir lo que pasaba por el ánimo de Elena. Sólo sé que me cuidaba con una suerte de fidelidad bastante extraña. A los pocos días un intruso visitante la acompañó, me cogió el pulso y carraspeó un diagnóstico cretino. Me erguí furioso dispuesto a lanzarlo a puntapiés. Oí exclamar a la mujer:

—Es malo, ¿sabe Ud.? Está así de puro malo...

El médico movió la cabeza y se retiró sin darle tiempo al pelambrillo. Entonces me levanté de veras. Cogí a Elena por el cuello

y la obligué a salir. El resto de la tarde estuve solo. Por último me levanté, pagué a la patrona el precio del cuarto y sin recoger mi equipaje me dirigí a la estación. Al atravesar la calle encontré a Elena. Hice un gesto de disgusto y volví sobre mis pasos. Seguramente comprendió mis propósitos, porque al regresar al hotel, fué ella la que me abrió la puerta.

El amor, sí, pero el amor despojado de todo su aspecto adverso, tal como lo pintan aquellos que nacieron con el beneplácito de sus padres, y la admiración de todos los funcionarios públicos, el amor aquel no lo comprendo. Es falso, traidor como los gatos regalones, sin audacia, cobarde, traspasado de vulgaridad.

Al abrirme la puerta del hotel, Elena me abrió sencillamente la de su alma. Me metí llorando a su interior. Hacía tiempo que no lloraba. La dueña del hotel me miró pasar aterrorizada.

—¿Está loco?, masculló.

¿Pero es que acaso el hombre solamente enloquece cuando recupera su libertad perdida? ¿Es que todo el muladar de los viejos hábitos son también la vida nuestra? En ese instante, sin embargo, no se me ocurrió pensar en esas cosas. Preferí que me creyesen loco y guardé con humildad los viejos restos de mis cóleras. Me produjo una salvaje alegría tocar la piel de Elena. El término de esa semana y de la otra me sorprendió en ese deleite, tanto que no advertí la monótona disminución de mis caudales. Pero eso no me habría importado. Lo que acabó con mi alegría fué el aborto de Elena. Sí, aquel aborto terminó de envenenarme. Cuando ella me confesó la historia de sus amores no me creí en el deber de reprochárselos; pero cuando a eso agregó el deseo de que yo mantuviese al *fruto de sus entrañas*, reaccioné como un rígido baronet inglés, con el índice dirigido hacia la puerta:

—Qué cruel eres, ¡por la Virgen! qué cruel eres...

Entonces pensé mejor la estratagema. Aquello debía sonar públicamente. A mí nadie me engaña, me decía, de mí nadie se ríe. Y a gritos como acostumbraba a hacerlo cada vez que me do-

minaba el furor, congregué a todos los vecinos a mi alrededor y cuando ellos estuvieron curiosamente agolpados en torno nuestro, me lancé sobre el vientre de Elena y lo pateé sin compasión. En balde gritaba y los cobardes espectadores trataban de separarme de mi presa. Cuando recobré el sentido estaba cubierto de espumarrajos en un banco de la cárcel pública.

—Las deposiciones que harán contra Ud. serán monstruosas, me explicó el alcaide, le conviene tener preparado un abogado o un médico que le declare a Ud. irresponsable.

Me encogí de hombros y esperé los acontecimientos. Nada supe por de pronto de mi desgraciada compañera. Cuando quise preguntar por ella los carceleros se sonrieron con misterio. En el juzgado vine al fin a saber de ella. Se había refugiado, según me explicaron, en un burdel, después de haber hecho algunas útiles relaciones en el hospital. El juez me condenó a una fuerte multa y después de unos trámites en los que seguramente intervino mi familia, me dejaron salir en libertad.

Lo primero que hice, al gozar de ella, fué dirigirme al lenocinio donde se hallaba Elena. No quiero contar el resultado de mi entrevista. Lo dejo al criterio del lector. Debí regresar al norte con el pasaje costado por el placer del escribano, del alcalde, de la prudente sociedad intelectual de la provincia que dejaba a mis espaldas. Poco me costó reconciliar a mi familia, con lo que ella se empeñaba en considerar como locura de juventud sin importancia; escribí en los periódicos, dirigí homilias al placer, me descosí como un guante viejo y asomé los dedos por la abertura. Vedlos. Ahora se agitan con elocuencia en todos los lugares honrados de esta sociedad que continúa apadrinando jóvenes ociosos, vendiendo sus mujeres a la mierda y combinando sus colores de dolor en las ruletas. ¡Viva la sociedad!

LA MUJER NEGRA

Mientras en el cielo aparecían las estrellas, Alicia miró la luz del coche que se alejaba.

—¿Sabe Ud., me dijo, esta es la última vez que podré mirar la noche con cierto aire de cariño. Cualquier cosa vista desde el lugar equidistante de un amor, nos parece bella, como despojada de su opaca vestidura cotidiana.

—Pereza intelectual, respondí sonriendo. Ud. puede ver una jungla en un plumero, un ave en un papel encarrujado. ¿Sabe Ud. que en ciertos lugares, donde ya no hay caza viviente, los hombres se entretienen en derribar aves artificiales? Esto nos demuestra la alta posición que el hombre ocupa en la tierra. Es el único animal capaz de engañarse a sabiendas con el fin de procurarse un goce.

—Sí, pero eso no ocurre en el amor. Cuando se ama, es necesario la certidumbre de ser correspondido.

—Ya me entero. Ud. quiere decir que si aplicamos ese axioma al caso de los cazadores de aves artificiales la felicidad se destruye por sí sola.

—No. Sencillamente hablo de lo absoluto, de lo grande y unitario que ha de ser un sentimiento, donde se necesitan la anuencia de dos voluntades para que la caza verdadera y por consecuencia la felicidad apetecida exista. ¿No ha pensado Ud. nunca en el amor? Yo sí. Y vea Ud., agregó, que no lo he hecho por mera ecolalia sentimental, lo que le ocurre a muchos, sino llevada por una necesidad inmanente en mí a exponerme al peligro, a hacer abandono de una comodidad espiritual muy plausible para muchos, pero que para mí resulta demasiado enojosa. La primera experiencia que recuerde, me parece muy triste y por lo tanto exenta de interés para Ud. Eso ya lo saben todos. El primer amor se dis-

tingue siempre por ser el más desgraciado y, a la vez, extraña para-
doja, el más feliz de todos. En cuanto a la segunda...

—Cuénteme la segunda, Alicia, le pedí.

—En cuanto a la segunda, prosiguió sin atenderme, es más triste que la primera. Me costó la pérdida de la virginidad.

—¡Bah!, objeté, ¿y eso qué importa?

—Nada. Pero, *después de todo*, un himen es un himen. Y eso Ud. no puede negarlo. Esa simple tela nos permite a nos-
otras las mujeres decentes, decentes en el sentido en que Balzac
así las llama, nos permite toda clase de chantajes.

—Bien, argüí, si le molesta relatarle esa experiencia, ¿por
qué no sigue con la tercera?

—Esa es la tercera, me dijo indicándome las luces del auto
que en ese momento aparecía en un recodo del camino y que gra-
cias a la atmósfera delicada y liviana del desierto se podían aún
vislumbrar perfectamente, y como Ud. comprenderá está demasiado
próxima para que pueda relatarla todavía, develando su misterio.
¡Ah! no me pida Ud. eso, me suplicó, al ver mi actitud implo-
rante, sería manchar demasiado pronto un recuerdo.

—¡Qué manía de limpieza!, protesté, ¿acaso los recuerdos
son para otra cosa?

Alicia sacudió la falda de verano que cubría su talle, y ame-
nazándome con un dedo, me invitó a entrar. La noche era sofo-
cante y enrarecida. De lejos nos llegaban las luces del mineral y
el soplo ígneo del desierto. Me indicó una silla junto a la ventana
e izó el transparente para que penetrara hasta la pieza la pálida
luz del cielo. Se inclinó sobre el radio y buscó una estación en el
cuadrante.

—¿Quiere Ud. beber alguna cosa?

A su llamado acudió un sirviente con unas copas y una bo-
tella de licor. Después de mezclarlo con un poco de agua, se irguió
sonriendo, y mientras me pasaba el refresco me dijo que estaba
feliz o liberada, no recuerdo bien. No sé a qué atribuir la sensa-
ción extraña que esa frase me produjo. Pues de pronto sentí un
deseo enorme de poseer allí mismo a la mujer de mi mejor amigo.

Ella tal vez comprendió, pues hizo retirar el sillón que ocupaba con un movimiento instintivo de los pies.

—Yo quiero ser el cuarto, pedí.

Lo absurdo de mi conducta saltaba a la vista. Alicia pertenecía a una familia muy ligada a la mía por razones de amistad y parentesco, además, era la mujer de un amigo íntimo, el que esa noche misma había debido partir en auto a la capital por motivos especiales. ¿Cómo, pues, me atrevía a solicitar una cosa así? Desde luego, que además de faltar a la confianza de un amigo, me aprovechaba de las confidencias anteriormente transcritas en este relato, falta mucho mayor quizás que la primera.

—Soy un huésped extraño, comenté con desamparo al notar un gesto de asco en su semblante, me aprovecho de la ausencia de su marido para hacerle proposiciones deshonestas, aunque piénselo mejor Alicia y vea que no he querido ofenderla, ¿pues acaso el tono semiserio de sus bromas no me da derecho a continuarlas? Vea, Alicia, es tan cierta la intención de mis palabras como las de las tuyas.

—¿Qué le puede hacer creer a Ud. que estoy de bromas? Amo a mi marido y, sin embargo, debo abandonarlo. Mañana me iré de aquí. ¿No es ésta, pues, mi última aventura? ¿No puedo decir entonces que jamás podré mirar una noche con un aire de ternura como éste?

Y Alicia corrió a la gaveta de su pequeño escritorio colocado cerca de la puerta y extrajo una fotografía.

—¿Sabe Ud. a quién pertenece?

—No, le dije, no lo sé.

—Pues yo tampoco... Y es esta fotografía de una mujer desconocida lo que se ha interpuesto entre mi marido y yo.

—¿Le infunde celos?

—No, me dijo, me infunde asco, puesto que me da a conocer lo que es el hombre que amé y que aún sigo amando llevada por la inercia espiritual tan propia de mi sexo, ella me da a conocer que ese hombre es sólo un majadero. ¿Pues sabe Ud. la pro-

cedencia de este infame artículo postal? De una de las faltriqueras del hombre de más mal gusto que he conocido... Véala Ud. vea a la Venus negra.

Y con gran sorpresa comprobé inmediatamente la negrura de ébano de esa venus de burdel. Horrible hasta la exageración, parecía haber sido captada por la lente del fotógrafo en medio del hastio de su bocaza de coral, con la firme decisión de encerrarse en un boudoir o en cualquier otro lugar íntimo. En el respaldo de la cartulina leí la más curiosa y nefanda dedicatoria que pueda dirigirse a un hombre y que pueda ser sorprendida por su cónyuge.

—¿Comprende Ud.?, continuó mi amiga. De este animal no se puede sentir celos.

Y con el orgullo inútil de su belleza menospreciada Alicia apuñó nerviosamente la cartulina entre sus dedos. Entonces ocurrió algo absurdo, algo fuera de toda órbita racional. Debo, por tanto, antes de seguir adelante, desechar todo intento de persuadir al lector de la veracidad de mi relato, y hacer la vista gorda, como se dice, ante su consecuente escepticismo.

La bocina de un auto sonó ante la casa y antes de que pudiéramos recuperarnos de la sorpresa, pues a esa hora una visita resultaba totalmente inesperada, y nadie, por otra parte, habría querido efectuarla en ese tiempo bajo un cielo tan aborrecible y caluroso, y de la mina jamás bajaban a la casa situada en la planicie, antes de poder recuperarnos, vimos saltar de la portezuela del coche la figura felina de una negra.

Si ella era una auténtica africana o si pertenecía a las islas antillanas, eso nadie podía averiguarlo. Entró a la pieza en medio de la estupefacción ocasionada con su presencia y, tomando la fotografía de manos de Alicia, la acercó a un fósforo y la quemó ante nuestra vista. En seguida hizo un dengue con su feroz trasero y sin decirnos una palabra se retiró por donde mismo había entrado, por la ventana.

—¿Qué le parece a Ud.? me preguntó Alicia. Vaya Ud., llame a los criados, que detengan a esa intrusa.

Cuando salí al jardín era tarde. El auto se había puesto en movimiento y salía ya, veloz, por la carretera, hacia el sur. Aunque bastante nervioso, tuve sí la precaución de conservar el número de la patente, y haciendo de tripas corazón, me dirigí hacia el mineral con el fin de telegrafiar desde allí a la posta más cercana. Satisfecho de mis gestiones, se las comuniqué alborozado a Alicia, que me esperaba en la puerta.

—¿Y dice que tiene el número de la patente?

—Sí, le aseguré triunfante, y se la dije.

Ella, en vez de alegrarse como era de esperarlo, hizo un gesto de impaciencia.

—Pues, menuda estupidez ha hecho Ud.

—¿Por qué? le pregunté picado, resuelto a defender mis aptitudes policiales.

—Porque ese es el número de la patente del auto de mi marido. Y ese número Ud. no puede haberlo visto, porque el auto de la negra era otro, muy distinto...

Me senté consternado. Tal vez Alicia comprendió el deseo que en esos momentos me impulsaba a serle útil y a la vez la impotencia en que estaba para hacerlo, pues se acercó hasta mí, y poniéndome la mano sobre el hombro:

—No se aflija. Quizá si Ud. vió verdaderamente ese número o su buena memoria le jugó a Ud. una mala pasada, haciéndole ver en el tablero posterior de ese coche un número que no existía allí, pero que Ud. ya de antemano conocía.

Transcurrió algo así como una media hora de silencio durante la cual el radio habló en el vacío. Nosotros no nos enterábamos de lo que decía la voz nasal y torturante del speaker y no estábamos para preocuparnos de los fox-trott que seguramente anunciaba. Al fin me levanté, impulsado por un pensamiento súbito.

—Pero..., alcancé a decir.

La voz de Alicia en el otro extremo de la habitación me interrumpió. Un vaso de los que había sobre la mesa junto a ella, rodó con estrépito al suelo.

—Pero, balbució, ¿por qué no admitir una posibilidad distinta?

—Sí, corroboré yo, ¿por qué no?

—Ese auto pudo ser el de mi marido, ¿no es así?

—Claro, contesté, claro que pudo ser el auto de su marido, eso nadie lo discute.

—No se sobresalte. Sólo hace un momento que lo poníamos en duda... pero es que yo, pobre desgraciada, no podía, ¿entiende Ud.? no *PODIA PONERLO EN DUDA*. Eso era demasiado para mis nervios. Necesité adecuarlos poco a poco, antes de llegar a este molesto y fácil descubrimiento. Era ella con mi marido... Y entonces resulta peor su demanda telegráfica... Si, porque todo el mundo conocerá el escándalo... Y todos sabrán que el hombre que estuvo junto a mí durante más de cuatro años, era un loco majadero...

—¿Y eso qué importa?

Majadero, ya sabía yo que mi amigo lo era. Nunca creí en esa doctrina suya del peligro, que lo había llevado a habitar en medio del desierto, con el fin, según decía, de mantener alerta su alma y no abandonar jamás la idea de la muerte, manteniéndose fuera del ambiente cómodo y burgués del mundo actual, idea de la muerte, que según añadía, es la única que da sal y sabor al instante. ¿Pero había conseguido todo eso? Pase por los eremitas que habitan un cenobio inhóspite, porque allí la vida es realmente ascética y se constituye, por decirlo así, una estética del éxtasis, natural y permanente, en desembolso, sin duda alguna, de las restantes energías perdidas. Pero él, que había llevado al desierto un trozo de ciudad, que gozaba de las comodidades de un excelente aerodinámico, de la telegrafía sin hilos, y que, aún más, podía satisfacer allí sus manías de mineralogista... No, todo eso era majadería, doctrina hueca y exenta de contenido, edificada nada más que para servir de excusa a una existencia anti-social e inútil.

Mi visita a casa del matrimonio en el desierto obedeció, pues, a otros motivos que el que ellos pudieron haber supuesto. En rea-

lidad, había sido comisionado por mi amigo el célebre psiquiatra doctor Amorín para recoger datos sobre su "interesante existencia". Este opinaba que tales datos nos servirían para ultimar nuestra memoria sobre la paranoia desértica que en ese tiempo preparábamos y, al parecer, no se había equivocado. Pero el interés no nacía directamente de su locura, sino de los detalles mismos que la ocultaban. Del desierto feroz, rodeando como un cinturón de animales llameantes, a ésta joven espléndida, de la gran poesía que se desprendía de esta soledad misteriosa, en fin, de los mil detalles delirantes que componen un paisaje inhabitual y cruel como ése.

Ya hacía algunas semanas que acompañaba al matrimonio, cuando una carta inesperada hizo salir bruscamente al marido hacia la capital. Los demás detalles el lector los conoce.

—Ya sé que a Ud. no le importa nada.

—No mienta, Alicia. Ud. sabe que la amo, que sólo eso me ha traído hasta su lado.

Quise entonces, imprudentemente lo reconozco, atraer su atención hacia parajes olvidados de nuestra infancia. ¿Recuerda Ud.? le decía. Y ella movía la cabeza. Su anhelo de pureza, su temperamento varonil que hacía de Ud. un bello andrógino, dispuesto a pelearse por todo, y a defender su libertad a toda instancia. Y ella movía la cabeza. Cómo mi madre me reprochaba que fuese en seguimiento suyo, y no estudiase esas odiosas pruebas del bachillerato, mientras Ud. se olvidaba de sí misma en los brazos de un oficial de la guarnición. Y ella movía la cabeza. ¿Pero cómo es posible que Ud. lo haya olvidado todo?

—No sea tonto, gritó, ¿pero es que no comprende que tengo mi atención puesta en otras cosas? Esa negra maldita me ha robado a mi marido, me ha sumido en el escándalo...

—Su marido volverá, le dije por consolarla.

—No, porque ya no es el hombre puro, el que abría las ventanas, cuando, tendida a su lado en el lecho me retorcia de amor y estiraba hacia él los brazos, y exclamaba ante el cielo: "El verdadero placer no existe". Y desechándome con asco de sus ojos caía en el

deliquio místico que yo sin darme cuenta constelaba. No, ese hombre no existe, porque de fuerte que era, ahora es frágil... Me ha engañado, ¿sabe Ud.?, como un vulgar majadero.

Con mano convulsa abrió el batiente del balcón.

—La noche está clara, me dijo, ¿quiere Ud. acompañarme? Quiero mostrarle algo...

El aire batía la clara muselina de su falda y a pesar de los guijarros del terreno, ella avanzó hasta la masa de los cerros. ¿Por qué uno estas cosas en una frase? Porque se me ha quedado grabado como un espectáculo atroz: la muselina que cubría ese cuerpo deslumbrante y esos negros minerales escondidos en la tierra. ¿Qué inmoral, recuerdo haber pensado, comparar una mujer con una joya! Pero esa joya tenía un alma y podía hablar. Se detuvo junto a un pozo.

—Este pozo, me explicó, está lleno de cadáveres.

—¿Eh?

—Sí, los de todos los hombres que asesinamos con Jorge. (Este era el nombre de su marido).

Continuamos caminando en silencio. ¿Estará loca?, pensaba yo sin decidirme a dar un dictamen.

—Es mejor que me hable Ud. de sus experiencias en el amor...

—¿Si no le hablo de otra cosa! Necesitábamos llegar a lo absoluto, ¿entiende Ud.? La verdadera unidad de lo absoluto la proporciona solamente el crimen. Así afirmaba Jorge... ¡Jorge!, gritó con voz llorosa. El luchó siempre contra el vicio. ¿Y sabe Ud. quién es el vicio? ¡La negra!, gritó esta vez despavorida.

En efecto, en el páramo se veía la silueta confusa de una mujer que se acercaba. Alicia se refugió en mis brazos: lucharé, gemía delirante, lucharé. Sí, aquella figura se acercaba cada vez más. Y traía algo blanco en la mano, talvez una fotografía. Empuñé instintivamente el Smith y Wesson.

—¿La fotografía?

No, no era eso. Nos traían sencillamente la respuesta desde el otro extremo del desierto. No se había visto pasar ningún auto en ninguna dirección. Alicia me miró espantada.

—Entonces Jorge, alcanzó a musitar, y cayó sin alientos sobre el yermo.

Aquella noche esperamos inútilmente noticias. El radio guardó silencio después de medianoche. El servicio telefónico era solamente diurno.

Realmente no comprendo por qué Alicia se entrega a la desesperación, pensaba yo en la obscuridad de mi cuarto. Ella debía haberse imaginado todo esto. No se juega impúnemente con el misterio. Querían amarse con un amor más grande de lo que una realidad posible lo permite. Era necesario que la locura interviniese, que ella devanase los cabellos madreporicos del sexo y dejase ver el fondo negro de la corriente del tiempo. Construían un mundo de visiones sobre sombras. Majaderos, continué pensando, ¿por qué se obstinaban en superar una costumbre? El amor es una costumbre; sí, eso es el amor de los humanos. Una costumbre intelectual como cualquiera otra. Después de pensar en esas cosas me quedé dormido y sólo desperté al llamado insistente del teléfono en el hall. Me sorprendió muchísimo que Alicia no lo atendiese. Me eché la bata encima y empujé la puerta del cuarto. En medio de la habitación, como fascinada o en estado mediúmnico, Alicia miraba con transporte hacia el desierto, sin oír, al parecer, los timbrazos estridentes. Cogí el auricular y una voz desconocida me dió a conocer lo que ocurría. El cadáver de Jorge (aquí el apellido de mi amigo), había sido hallado en las inmediaciones de la cordillera, debajo de su auto en llamas. La causa del accidente se desconocía, aunque se temía la posibilidad de un suicidio. La voz del teléfono, que resultó ser la de un ingeniero de las minas, agregó que los cadáveres estaban estrechamente abrazados y denotaban gran serenidad en los rostros.

—Pero, ¿cómo?, grité involuntariamente, arrepiñtiéndome al instante de mi precipitación. ¿Había alguien más en el vehículo?

—Sí, señor, una señora...

—Ah, sí, repuse, una africana o algo así. Y tapé el micrófono con la mano para explicar el caso a la joven que seguía en su muda meditación. —Tu marido ha muerto. La negra estaba con él. ¿Qué hacemos?

Alicia se volvió y tomó el auricular en los precisos momentos en que la voz de nuestro desconocido informante protestaba:

—No, señor, ¿de dónde ha sacado Ud. eso?

Alicia permaneció en silencio largo rato. Al último, como quien despierta de un sueño, comentó:

—¡Qué injusta he sido!

—¿Por qué, mi pobre amiga?

—Porque aquella negra... aquel negro diablo no existe...

Yo hice un ademán y traté de pedir una explicación. Ella no lo consintió. Me hizo vestirme a prisa y en cuanto hube despachado mis sobrios menesteres de tocador me empujó hacia afuera.

—Es la hora del omnibus, me dijo, y es preciso no perderlo.

No pude arrancarle más palabras.

En las oficinas del mineral nos esperaba un espectáculo macabro. Los cadáveres, semicarbonizados, se hallaban estrechamente unidos sobre el piso salitroso del cuarto, como una imagen y representación de la vida y de la muerte. Ella era la mujer más bella que talvez he visto en mi existencia. Ni el rigor cadavérico, ni la sangre coagulada sobre sus sienes, ni el aspecto desolado de sus mejillas, podían robarle un ápice de lo que sin duda había sido cuando viva: una belleza extraordinaria.

—¿Se sabe quién es?, indagué al azar.

—No sé, creo que una artista de cine...

En un camión de carga hicimos viaje a la ciudad con ese trágico equipaje. Alicia miraba sonriendo hacia adelante, mientras unas gotas de sudor le humedecían el rostro y se dejaba llevar indolentemente por los vaivenes del vehículo que se movía con atenuando sobre el rugoso manto de la escoria. Parecía feliz de ver cum-

plida una doctrina, llevado hasta el exceso un pensamiento. Jorge había amado verdaderamente el peligro y fué su muerte, con aquel suceso sobrenatural de la víspera, un digno término para quien despreciara tanto a los que mueren entre idiotas oraciones familiares.

—La muerte debe ser la última demostración de la voluntad. Si ella no prueba una firme convicción es sólo un lapsus. Así decía Jorge. Por eso creo ahora en él.

En la ciudad nos informaron detalladamente sobre la personalidad de la muerta. Se trataba de una artista de cine muy especializada en el fock-lore africano y notable por sus interpretaciones de la danza del vientre.

—Es de sentirla, más que por ella misma, porque moralmente valía muy poco la pobre chica, por la falta que le va a hacer a nuestros empresarios.

Alicia, después de todo un poco decepcionada, me suplicó que la dejase al día siguiente de los funerales. Quiero pensar, me dijo, sobre todas estas cosas. Si alguna vez llego a convencerme de ciertas sospechas, entonces sabrás de mí, no antes.

Pasó el tiempo y sólo ayer recibí noticias suyas:

—Estoy dispuesta a comenzar la cuarta experiencia. Trae flores y revistas.

Mañana me dirijo en el avión más rápido hacia Antofagasta, desde donde seguiré inmediatamente hacia el desierto.

EL ROSAL VERTIGINOSO

En aquellas rosas fuera de tiempo, que comenzaban a florecer ágilmente en los maceteros que le había regalado a Ema el año anterior, reconocí la vitalidad grosera de mi alma de puerco que por medio de una influencia mágica traspasaba hasta las cosas de mi ambiente. No puedo pintar la impresión desagradable que aquello me produjo. Tenía a honra, y aún sigo teniéndolo, el reconocerme con cierta autoridad espiritual sobre el mundo que circula a mi alrededor; pero confieso que en lo concerniente a Ema habría deseado más sobriedad y ponderación en mi simpático poder. Ella era demasiado tierna y tímida para que esa masa de calor evadido de mi ser no la aplastase. Por eso, al comprobar que esa masa de calor, o de frío, como quiera llamársela, se ejercía también sobre los delicados tejidos de una planta, fruncí el entrecejo y quise rescatarla inmediatamente.

—No se lo permito, me dijo Ema. Es muy difícil conseguir un crecimiento tan extraordinario, y aunque no fuera nada más que por mera curiosidad, no le devolvería a Ud. las rosas.

Después de una infructuosa batida que duró más de media hora, y que terminó como casi todas nuestras reyertas en apretados besos y enloquecedoras caricias, prometí dejarla en paz con sus flores y no hacer nada por arrebatárselas.

—No me explico, comentó imprudentemente Ema más tarde, ese interés por despojarme de las rosas. Hace un año que me las trajisteis, asegurándome que su vista me consolaría de vuestros errores y maldades, y ahora queríais llevármelas.

No me atreví a confesarle la desagradable impresión que me producía el extraordinario metabolismo de esas plantas. Carezco de imágenes para describir en forma visible y corpórea el por qué

de esa impresión. Acaso, sin quererlo, relacionaba el crecimiento de las rosas al de mis propios deseos. Tanto en ellas como en mí, las fuerzas oscuras del egoísmo se ocultaban traidoramente bajo encantadoras apariencias; en ellas el veneno de sus púas, en mí los buenos sentimientos, todo esto mezclado en forma de lograr una alegre y botánica confusión. La combustión arbórea de esos pulmones de madera y la digestión oculta de mis peores apetitos bien podían en cierto modo identificarse, como sus pétalos risueños a mis lisonjas y caricias.

Desde que inicié esa amistad con ella, esa amistad que ahora me permitía separarla del mundo, envolviéndola en una especie de neblina mágica, todos mis esfuerzos concurren a seducirla. Esperaba que en el transcurso de unos pocos años vería coronado mis deseos con el éxito y en el interin trataba de escudar estos propósitos con los más nobles y desinteresados conceptos que hayan escapado de conquistador alguno. No era ella tan confiada, sin embargo, como para no advertir que algo ferozmente innoble pesaba sobre mi alma. En esas horas de intimidad que de vez en cuando me concedía, no su cálculo, sino su exquisito candor, establecía confinaciones absurdas.

—Es Ud. muy rico, me decía, y yo muy pobre.

—¿Y qué importa eso?

—Sea Ud. realista, agregaba, ¿cómo podremos entendernos?

En vano le repetía que aquellas diferencias eran ya supeditadas sin esfuerzos. Ella, posiblemente se valía de esas objeciones como de un subterfugio para entristecerme más y así apoderarse de mi alma. Porque si semejanza alguna pudiera establecerse entre los dos sería esa. Ella trataba de captar mi espíritu, haciendo de mí un animal cristiano, y yo, sin comprender sus acaso relevantes condiciones espirituales, esperaba hacerla mía, corporalmente, sin importarme lo demás. Esta disparidad de opiniones, motivos y propósitos nos separaba más de lo que una amistad tan íntima y prolongada permitiría; pero, qué queréis, ambos exagerábamos y ambos, por eso

mismo, nos equivocábamos. ¿Sería ella tan hermosa como mi deseo lo exigía? ¿Estaba mi alma llena de esas vagas energías con que Ema pretendía hacer de mí un arrepentido clamoroso? No lo sé. Esos hechos pertenecen a una época ya muerta y ahora casi no puedo darme cuenta en qué época de matices vivíamos que nos engañábamos en esa forma.

La llegada de los diarios anunciándonos las persecuciones de los cristianos en Europa, como consecuencia inevitable de la guerra, proporcionó a Ema un motivo de ataque en contra mía.

—¿Es Ud. partidario de esas odiosas persecuciones?

—La era cristiana está por terminar, amiga mía, respondí. Mi odio al cristianismo algunas veces me hacía ver fantasmas. En cada acontecimiento un mensaje, en cada eclosión del azar un aviso. Eso es lo que podría llamarse el misticismo al revés. Seguramente proporcionado por la soledad larvaria de mi alma.

—Mira, me dijo, y fué la primera vez que me tuteó, ¿crees tú que ignoro el secreto de estas flores? Eres fuerte y derramas esa fuerza por los mil poros por donde transpira tu alma de puerco; pero yo, ¿entiendes? y conmigo esa adorada religión que tanto venero, resistiré a las fuerzas de la bestia...

—Vacilo en creerte, le dije. Esa mención del apocalipsis me turbó extraordinariamente.

Mientras nos significábamos estas cosas en el patio del hotel en que alojábamos desde hacía un mes, y al que íbamos regularmente todos los meses de verano, acompañados de su madre y de su hermana, los pensionistas se paseaban comentando los sucesos de la guerra. Uno se acercó rengueando hasta nosotros. Traía en la mano un papel. Lo indicó temblando.

—¿Qué le decía yo a Ud., señorita? Esta guerra no respeta ni a la inocencia.

—Desgraciadamente, respondióle Ema, pero, ¿por qué me dice Ud. eso, doctor?

—Porque, y su semblante hizo una mueca que quiso ser de

condolencia, porque las hijas de nuestro amigo el general... han muerto.

—¡Han muerto!, sollozó mi amiga. Dígase, señor Amorín, cuándo, cómo y por qué murieron...

El señor Amorín, doctor en psiquiatría, famoso por sus trabajos sobre paranoia desértica, y a fuerza de lo cual muy comprensivo, sonrió con dulzura infinita, tratando de dar a su cara casi siempre atónita el resplandor de una dulzura imaginaria. Sin duda alguna trataba de simular un piadoso sentimiento inexistente en su alma fría.

—No sé cómo ni cuándo. Es difícil poder establecerlo. Sólo sé que leí sus nombres en las listas que llegaron enviadas por la Embajada desde Londres.

—¡Qué horror!, exclamó Ema, esas niñas son las mismas que educó mamá, que guíé yo a dar los primeros pasos, que jugaron con Inés...

—En cuanto a lo último, prosiguió Amorín como persiguiendo una idea fija, referente a por qué murieron esas encantadoras niñas, no podría, aunque quisiera, responderse.

Una idea fantástica cruzó por mi cerebro. Siempre había creído en esa doctrina gnóstica que fija la relación o correspondencia que existe entre los grandes sucesos y las mínimas contingencias de la vida cotidiana. En ese caso, la muerte de esas sonrosadas chicas, a quienes había conocido en casa de la madre de Ema, unos años antes, podría explicarse por la falta de coordinación existente en ciertos actos. A la lógica formal oponía yo una lógica de formas vivas, o sea, la visión de un mundo corporal, de un mundo-símbolo. La muerte es una cosa dirigida, medité con sobresalto.

—¿No podría pensarse, doctor, le dije, a manera de chanza, que esa pregunta es la única importante, establecido que si ella queda sin respuesta, las otras no son nada más que de puro valor informativo y local, sin importancia?

Ema me quedó mirando asombrada. Más que la extraña sin-

taxis de mi pregunta la sorprendió el tono en que ésta fué proferida. Un pálpito raro me dominaba. Como cuando, cada vez que la proximidad de un peligro en la infancia podía ser medida por el avance circular de las manecillas de un gran reloj de péndulo que había en casa, y ese tiempo, transcurrido por decirlo así, deslizándose por una pendiente de terror, se incorporaba a mi sangre añadiéndole un maligno elemento de desencanto, así me sentía ahora, niño, quebrado y en peligro. Estremecimientos febriles me invadían. El doctor me miró de reojo y haciendo un saludo a mi amiga, continuó su paseo.

Yo también acostumbro a mirar de reojo, pensé. Ema se cogió de mi brazo y apoyó la cabeza sobre mi hombro. La miré de reojo. Lloraba.

—Es absurdo, hija mía, que Ud. lllore.

—¡Ay!, me dijo, es increíble lo malo que es Ud....

—Lo más que puede hacer es iniciar una colecta de guerra. De esas se ven tantas. Porque, ¿dime qué ganan tus pobres muertas con estos llantos? Me aburres, ¿sabes?, me aburres...

E hice un ademán de marcharme. Un sollozo más me había impulsado lejos. Tuvo la buena o mala ocurrencia de parar las lágrimas. Entonces acudí de nuevo solícito a su lado.

—Aunque, sí, llora, llora, descarga tu alma...

Después de esquivar las miradas afectuosas que le dirigían los paseantes, Ema se metió detrás de un macizo y se dejó caer extenuada sobre un banco.

—¡Qué miserable sois!, qué odiosa alma tenéis... ni los lobos la tienen peores...

Mientras decía esto arrugó convulsivamente las faldas de su traje con los dedos. Me miraba con tal tensión espiritual que forzadamente hube de hacer sensible mi derrota. Bajé los ojos. Esta temperatura de la montaña me alivia un poco, pensé, y traté de reconciliarme con Ema, haciendo un esfuerzo inútil por cogerla de la cintura.

—No, me dijo, es Ud. infernal. Hace unos días las flores, ahora mis niñas... ¿Qué será más tarde?

Me miró con repugnancia. Levanté los hombros resignadamente. Debió este gesto resultarme apenas, y descubrí con mucho la sublevación interna de mi ánimo, porque Ema, sin tratar de comprenderme, se irguió asustada.

—¿Queréis amenazarme? ¿Cómo! Si aún no soís mi marido... ¿Qué será más tarde?

Me sonreí con amargura. Desde que nos conocíamos estas escenas se repetían a diario. Sabía de memoria las réplicas, las acerbas contestaciones de ese cerebro piadoso. Siempre era yo el malvado que la hundía. Yo quería separarla de su vida misma, tanto de la observancia de ciertos deberes como del gozo infantil de ciertos juegos. Yo quería corromperla, hacerla morir en su alma, causar su desdicha material, destrozarla espiritualmente, despojarla en fin de todo recurso de salvación. Esas impertinentes acusaciones llovían sobre mi hartó endeble paciencia, provocándome algunas veces accesos de cólera, e insultos que sin duda alguna contribuía a reforzar su malquerencia hacia mí. No dudo yo de lo justificado de su actitud: pero aquello era siempre demasiado... Y no es que no me amase. Amores más difíciles se han visto. Me amaba, de eso estoy seguro. ¿Podría dudar de las miradas de un ángel? ¿Acaso hay un mortal que dude de la claridad de un sol y del dulce resplandor de las estrellas? Perdonad este lenguaje. Aunque Ema estuviese distante de ser todo eso, el encanto sereno que fluía de su inocencia me hacía adscribirla a un mundo más alto, y nada, nada me habría convencido de lo contrario.

Pero mi paciencia, como ya lo he dicho más arriba, se acababa. El bosquejo de persecuciones que me atribuía era muy simple. Primero había pretendido quitarle las flores, o sea, reduciendo el símbolo a palabras, arrebatarle las alegrías más íntimas del alma. ¿Pero en qué antiguo diccionario sentimental vivía inmersa? Pero es que acaso racionalmente se me puede reprochar a mí la invención

de esa correspondencia entre flor y ofrenda, flores y placeres delicados del alma? (Escupamos en todos estos bellos atributos de la moral burguesa y continuemos). Claro, esa crueldad obedecía a un plan concebido de antemano y ocupaba la primera parte del concierto. La de los violines, me imagino. Cuando después tropezamos con el doctor Amorín y supo lo de la muerte de las hijas del general, y se produjo la absurda discusión que ya Uds. conocen, ya mi actitud no ofrecía dudas, ni mi plan tampoco, quedando todo a descubierto. A las flores correspondía dentro del vocabulario idealista de mi dulce amiga, la inocencia de unas niñas como las que acababan de morir en tierra extraña. Supongo que esa parte del concierto sería la del llanto. Asqueroso mérito morir. A ese impetran, sin embargo los piadosos para alzarle a los piadosos, sus hermanos de forraje y de virtud, adorables tumbas de excremento sobre océanos de ignorancia. Protesto... La piedad no encuentra su equivalencia en la fuerza.

—Sí, querido mío, me dijo Ema, después de torturarme parte de ese día y del siguiente, la piedad es una fuerza mucho más grande aún que la que presta un cuerpo sólido, un ánimo arrogante o una arma defensiva. Ella nace del reconocimiento de un mundo aislado de nuestro ser, y que, sin embargo, puede buscar en nosotros adventiciamente desde luego, una forma de expresar ese sentimiento universal.

—Buda ha dicho todo eso.

—Mentira, protestó Ema, no quieras desvirtuar mi pensamiento emparentándolo al de falsos profetas. No obtendrías nada con eso...

—¿Por qué?

—Porque hay una cosa que no podría entrar en mi pensamiento aunque pertenece al mundo... aunque me pertenece a mí...

Guardé silencio durante unos minutos. Estaba feliz de verla en situación moral inferior a la mía, por más que me diese cuenta que ese desencanto suyo valía más que todo el desvergonzado cinismo mío.

—Quiero decir que te amo, me dijo, porque en tí reconozco la misma fórmula de ignorancia que también en mí se empeña en resolver el problema de la dicha. Y ese problema no debe existir en ningún cerebro noble.

La pequeña filósofa, locuaz como una sirena, me besó en la boca. En esos momentos de debilidad de parte suya, mi cuerpo tomaba desquite. Ejercía sobre ella tal especie de bestial fascinación que la cuitada, sin darse cuenta, me dejaba hurgar entre su ropa, exhalando suspiros de nerviosa satisfacción. En esa forma trataba yo de envenenar su alma, rescatándola al ético pavor en que vivía; en esa forma hasta esas rosas de vertiginoso crecimiento podrían volver a mi poder.

Sin embargo, desde hacía mucho tiempo notaba un grave cambio en la manera de conducirse en sociedad en esta niña que antes fué signo constelado de ciertos salones. Entonces afectaba no quererme, rehuirme y llegaba hasta decir que nunca, nunca sería mi mujer. Ahora, con su alejamiento de la gente, parecía pensar lo contrario. Ante sus respuestas ambiguas, penetrábala a preguntas:

—¿Por qué mientes? ¿Por qué finges?

O morigerando mis celos, me escabullía donde su madre, a la que aplastaba a ruindades y cínicas sospechas.

—¿A quién la piensa vender Ud., a quién? Seguramente a un belicoso millonario brasileiro, a un romántico felpudo de bigotes...

Y Ema terciaba infaliblemente en la odiosa disputa.

—No permito que le hables así a mi madre.

Esta madre no tiene nada de respetable, parecía decirme la pobre niña, pero quiero que tú, singularmente tú, la respetes, a pesar de sus labios pintarrajeados, de la piel bobina y aceitosa de sus párpados innobles, de los horribles pliegues abdominales de su talle de proxeneta retirada. Por su fealdad o por el asco que ella inspira, lo deseo. Tal vez por eso mismo, porque la belleza en último término constituye una defensa.

Cuando después de intentar una aventura frustrada con la madre de la que era actualmente mi novia, me dirigí a la hija, tratando de realizar con ella lo que el asco y una inhibición muy natural cerca de una mujer horrible y arrugada como su madre me habían impedido ejecutar, la hija no sólo me rechazó, sino que me lanzó a la calle imperiosamente, haciéndome ver el canallesco fondo de mi cruel conducta.

—Que mi madre sea lo que sea, eso poco a mí me importa. Es mi madre. Pero le impongo a Ud. el respeto que ella sin duda alguna desea para mí.

El piadoso retoño de la cocotte del año 13 se erguía, pues, como la estatua de Temis entre el placer y yo. Gasté saliva, ejércitos de almíbar, en fin, cuanto el ingenio puede proporcionar al deseo, con increíble mala suerte, pues la plaza sitiada se mantenía indemne. Entonces me atreví a insinuar a Ema la palabra matrimonio, que ella recibió con alegría.

La cocotte retirada regentaba ahora un colegio para señoritas nobles. Sus hijas, Ema e Inés, cambiaban besos con las hijas de los generales y las sobrinas de los obispos. Según esto adelantaba y el colegio hacía nudos en el tiempo con sus actos literarios de fin de año, yo me iba poniendo insensiblemente neurasténico. Ese ambiente era simple como el agua de azahar sin que el menor picor galante lo enturbiase a mi gusto. No había conseguido nada, había fracasado. Entonces los consejos del doctor Amorín y la enfermedad nerviosa que sufría, me avisaron que posiblemente en el medio deportivo de una montaña podría conseguir aquello que en el medio adocenado y pueril de las aulas ni siquiera podía soñar en hacer mío. Era así cómo desde hacía tres años frecuentábamos, al oriente del país, ese dulce balneario montañés. Allí, al menos, conseguí vejarla. Primero mediante el misterioso asunto de las rosas; más tarde con los comentarios que le hiciera de la muerte de las hijas del general.

Todas estas riñas podrá el lector imaginar que tendían a se-

pararnos antes que acercarnos; sin embargo, en nosotros ocurría lo contrario; como si cada riña fuese un nuevo broche añadido a nuestras especiosas y oscuras simpatías, cada vez que nos peleábamos, terminábamos por lo común arrullándonos como las aves del bosque. Las desigualdades y asperezas de mi carácter modificábalas en lo posible, no tanto por disimulo e hipocresía que por serle grato. Esta felicidad suya, obtenida a cambio de un pequeño sacrificio, no hacía sino acrecer mi egoísmo, llevándolo agunas veces hasta límites insostenibles para ella.

La extremada duración de nuestro noviazgo, los años pasados en periódicas discordias y curiosas alternativas de cariño y desprecio, no habían logrado disipar en Ema cierta indiferencia helada, cierta resistencia pasiva diré mejor, con respecto a mí y a todo lo que me concernía, ideas, costumbres, opiniones y talentos. A pesar de haber sido aceptado como novio, la gran distancia existente entre nuestros caracteres, agravadas en muchas oportunidades por salidas de tono recíprocas, me hacía temer la imposibilidad de llegar a entendernos nunca. No es que yo la juzgase demasiado empuerrecida o imbécil por su credo cristiano, no, seguramente no era eso; quizá nadie podía adivinar la hondura de nuestra separación. La gente sólo veía la apariencia de mi carácter burlesco, socarrón y cruel y presumía con mucho que jamás podría admitir en esa cárcel de egoísmo a una visitante tan alada como Ema. Como se deja ver, sólo hacía falta que me atribuyeran rabo, grandes cuernos y ese olor a chamusquina tan característico en los satanases de melodrama, y que, ebrios de furor vindicativo, exultasen a mi amada hacia los cielos, adornándola con alas de seráfico color. Imbéciles, ellos no podían ver la enorme diferencia que existe entre alguien que posee un entusiasmo y ese otro que lo asiste, sin misericordia, con su cruel escepticismo. Cristianos ciegos, pero resueltos a vivir en la ceguera; seres como yo, CASI tan ciegos como ellos pero decididos a ver...

Pero todo esto se había diseminado a través de largos años,

quedando así los hechos, como islas de verdor en un océano de piedra, alejados y señeros; fácil me era por tanto ubicar en cualquier momento sus palabras. Además, ese poder absoluto que emanaba de mi inteligencia podía hacer círculos concéntricos, siempre fugaces y dilatándose cada vez más, en torno al eje cigüeñal de mi memoria. En esa forma conseguía iluminar un fondo oscuro, para muchos siempre inédito, por medio de cuya contribución yo podía adaptar mis tácticas en la empresa de seducción a que estaba entregado. Toda defensa, pues, de parte de la desgraciada Ema estaba prevista, y fué talvez una intervención extraordinaria la que pudo salvarla durante diez años de mis malvadas acechanzas. Sin embargo, esa misma resistencia me excitaba a continuar en el asedio de esa Ilión de carne y hueso que era Ema y habríalo recabado, habría roto puertas y ventanas, virtudes y pudores, sino fuera porque aquella noche de mi conversación acerca de las hijas del general no hubiera sucedido algo espantoso, algo tan espantoso que puso término para siempre a mi fatal empresa.

Debo anticipar antes que nada que aquella vez mi voluntad no tuvo aporte alguno. Los sucesos se encadenaron solos formando una pesada traba donde al parecer mi voluntad se lió sin darse cuenta. Así, al intentar deshacer el nudo ciego los dedos vénse torpes encerrados en un lío mucho mayor del que quisieron deshacer y el nudo queda, y los dedos se cansan de operar en el misterio contra la mala suerte concitada en contra suya.

Habíamos tenido una escena bastante desagradable, sobre todo para mí. Habíame quedado largo rato la imaginación presa en el extravagante interés que Ema demostró por saber en qué forma la molestaría y mortificaría más tarde. ¿Qué será más tarde?, había dicho, y con una repulsa evidente de su cuerpo, de su ser entero, hizo casi el ademán de un exorcismo. Ni lágrimas de arrepentimiento, ni frases defensivas de explicación, ella había quedado en silencio cuando en la noche, en usufructo de la obscuridad reinante en el jardín, le pregunté sobre el sentido de esa frase.

—No sé, me dijo, algunas veces hablo como loca, sin saber por qué las digo, las palabras acuden sin control a mi cabeza... ¿De dónde? No sé... Aunque quizás tú mismo en este caso hayas podido provocarlas. Eres raro y sobre todo muy perverso. Sí, eso eres, muy perverso...

Y después riendo como un loca, abandonándose al viraje de un súbito histerismo:

—Te hablé del anticristo... eso eres tú...

No sé qué pesada losa de mi espíritu levantaron sus palabras. Un fétido rumor de antiguos temores, de lecturas de infancia, de miedos horribles a mi madre muerta, de visiones de pesadilla, subió por mi cuerpo, haciendo evidente quizás el temor de verse de pronto, a pesar de toda nuestra inteligencia, cogidos por la emanación de unos cadáveres que creíamos para siempre bajo losas. Ese miedo oscuro a todo lo anti, a todo lo que se opone en forma de destino personal a un orden establecido, el mismo miedo que debiera experimentar el hombre cada vez que resuella sobre el cuerpo desnudo de una mujer, ese miedo me sobrecogió. Yo no me conozco, me decía. Y de pronto recordé esta frase de Lord Byron: "Todo hombre al cumplir los veinticinco años debiera preguntarse: ¿quién soy?". La frase de Byron, mezclada a la transpiración traumática que el temor me produjera me descontroló completamente. Sí, ya no sé quién soy... Y no era una duda ridícula la que me brotaba así, una de esas dudas al alcance de cualquier filósofo de cuartel, no, de ninguna manera, era sólo una pregunta, pero hecha sin idioma, sin palabras, sin ideas, si es posible imaginarla en esa forma, la que subía conjuntamente con el hedor insoportable de esos recuerdos insepultos, era una pregunta como esta: ¿quién soy?

He aquí un caso divertido, se me objetará maliciosamente y con mucha razón, he aquí a un señor que después de diez años de asedio galante, y cuando ya cree conquistar la presa apetecida, lo abandona todo porque le asalta una duda rutinaria, que desde que

el mundo es tal asalta hasta los tenores de opereta. Sin embargo no es el caso como lo pudiera imaginar mi desconocido detractor. Para que aquella inquietud saltase a mi conciencia era necesario que la situación especial en que nos hallábamos Ema y yo repitiese en cierto modo automático un episodio olvidado de la formación animal de mi persona. Posiblemente la operación sanguínea de los coágulos que chocan manteniendo temperaturas altas en las vísceras del feto, los besos furtivos de un padre atroz. Tantas cosas que podríamos leer en su contenido, si desdeñáramos el signo externo de ese temor al parecer descomunal. Por otra parte, Ema me anunciaba un paraíso con sus ojos, un paraíso como todos los paraísos, perdido...

En ese instante se hendió el broquel de mi orgullo y toda la amargura de años, depositada como un verdor de musgo sobre las potencias de mi alma, estalló en sollozos. Soledad interior para la soledad externa de un mundo girante, de ópalo. Sí, de ópalo, porque allí toda imagen de sujeción a un color se pierde y hay olas de inquietud, de matices sobre el riente tornasol de la concha de perla, y esas olas son las mismas que repliegan en la escoria del desierto las luces de un sol de espectro, carnal y vengativo. Esa soledad de mi alma podía engendrar las peores consecuencias, un fantasma rápido, como la garganta surgida del crimen con sus regios collares y su perfume de corza, un fantasma capitulante. Aun ahora experimento ese vacío provocado por el pneumatismo cruel de Ema.

—Te hablé del anticristo... sí eso eres tú...

A lo que se unían las palabras de la tarde:

—Resistiré a la fuerza de la bestia.

En el ambiente belicoso del mundo flotaba esa opinión. Hemos llegado a los tiempos del gran Paracleto. Preparad la venida al mundo del supremo redentor. Asquerosas oraciones ascendían de las bocas, y en los corazones y en las inteligencias de los últimos cristianos, surgía, con aspectos amenazantes, la figura del inundo antecesor. Yo me reía, y sin darme cuenta, esa risa iba formando en mi interior un pálido tabique, detrás del cual agitadas formas,

presionantes imágenes, deformes paisajes se dibujaban para acabar de martirizarme.

—Malo yo, ¿verdad? malo yo, ¿verdad?

No podía decir otra cosa. Es muy posible que durante esos últimos años, y simultáneamente con el crecimiento de esas rosas que le había regalado a Ema el año anterior, se haya desarrollado en mi alma un torturante espectro. Acaso este espectro necesitó una presión crítica, un momento crítico para solidificar sus repugnantes miembros. Ahora andaba sobre mí... Vedlo. Ahora viene otra vez, y nada, nada le importa, que no existan proposiciones verdaderas, que el mundo sea plano o redondo. Perdonadme que insista sobre estas cosas. Ellas estaban antes que mis ojos en un mundo aparte, cuyos pedestales un océano convulso ha destruído, ellas eran el deseo de morder en los carrillos de Ema, de vencer con mis transportes ese mundo espiritual.

—Eres malo, ¿por qué eres tan malo?

—Soy un ser abyecto, pensé.

Nunca como entonces he sentido esa pasión rabiosa de salir de mis fronteras, salvando cuatro, cinco, seis peldaños de prudencia, nunca, repito, la he sentido con tal fuerza. Estuve a punto de caer, de rodar por una alfombra de despojos a sus pies y quedar allí, con el aliento en el gáznate, como una res de sacrificio, vencido, mirando sus bellas manos de verdugo celestial. En esas manos cabía el mundo y en el mundo mi destino significaba ya tan poco. Ema pasaba sus manos sobre mis cabellos, suavemente, como transportada en éxtasis. Mis ojos lamían el contorno de la luz de su garganta... Después del crimen... ¿Qué feroz automatismo me impulsó? En esa dirección un mundo extenso, aquí un negro agujero. Sabio índice, indicad; sabio índice, meted. Indiqué una dirección cualquiera. Siempre el personaje redimido piensa así. Mira hacia adelante. Sólo el bueno tiene futuro. Pero yo no, yo soy el malo, yo soy la bestia, y sin titubear me hundo, y mientras mi ser entero se hunde en la abyección que le es propicia, mis dedos también se hunden, en la garganta de Ema.

Su rostro cambia de color, la lengua sale (ella también muerca un derrotero, una dirección si Uds. quieren), y mientras aquella carne sonrosada transparenta la lividez verdosa de la afixia, yo aprieto más y más, experimentando supremas delicias al constatar vencida esa dulce resistencia de sus venas deslumbrantes. Bello crimen hice, por mi vida. Que los remordimientos jamás lo ensombrezcan, ni aun aquellos que nacen a favor de las agonías profundas y bien preparadas en cuyos episodios los cristianos se complacen tanto.

Mientras apretaba, le decía:

—Me crees malo, ¿no?

—Es Ud. muy rico, me respondía.

Y toda esa gran diferencia de nivel económico, intelectual y amoroso se transformaba en un plano inclinado a mi favor. Porque yo era rico y ella pobre, porque yo era poderoso y ella débil, porque yo era erguido como un junco y ella laxa como una liana, por todo eso, el mundo trataría de anularme. Ridícula aplicación de una naturaleza falsamente democrática, enemiga, según los buenos, de la fuerza y del orgullo. Por un extraño auto castigo, yo mismo me destruía, proporcionando así la nivelación exigida. Pero también, por un mismo deseo de auto-castigo, esa fuerza aún erecta en mí se desencadenaba ahora contra ella. Y riéndome como un demente, salpicando su seno de baba, repetía.

—La muerte es una cosa dirigida.

El doctor Amorín se negó a informar más tarde sobre mi estado nervioso. La muerte de Ema, pues, quedaba envuelta en el misterio y yo en la cárcel mientras subsistiera una mínima sospecha en contra mía. Debo declarar que en esta ocasión la justicia se equivocó. La sugestión de un crimen pasional cuyos motivos habrían sido los celos, se vió desvanecida por las declaraciones de la propia hermana de la muerta. Esta pobre niña después de visitarme en la cárcel, hizo todo lo posible por moderar mis males.

—¿Qué quiere Ud. de mí?, me decía, puedo traerle libros, revistas.

—Soy odiado, le replicaba, y quiero morir...

—¿Por qué dice eso? En la ciudad ya nadie cree que Ud. mató a mi hermana...

—¿Y Ud.?

—¿Yo? No sé qué responder... Es Ud. arrebatado, pero nunca criminal... No, tampoco creo...

Yo estaba feliz. Después de realizado el crimen traté de huir, pero después, pensándolo mejor, ideé un plan diabólico. Lanzaría toda suerte de sospechas sobre el otro. Ya saben Uds. a quién me refiero. Pero, para lograr los fines propuestos necesitaba la colaboración de una persona inteligente, cuya percepción notable me permitiese actuar en forma fina y natural. Y ya todo el mundo, enterado por las sugerencias del doctor Amorín de la verdad que yo mismo había inventado, creía que Ema había sido muerta por el otro, es decir por la gran bestia.

—Sí, decían los antiguos huéspedes del hotel, es muy arrebatado, pero nunca criminal.

Y todos miraban con verdadera lástima los muros de la cárcel, detrás de los cuales yo mordía y roía mis uñas con desesperación. Amorín había explicado al mundo mi delito. Había probado por medio de experimentos psicológicos, símbolos y metáforas sensibles a los ojos del tribunal, que yo no había sido el criminal, sino su agente involuntario. Y a las preguntas del público en general y del jurado en particular, había lanzado un juicio técnico definitivo.

Los últimos días que pasé en la cárcel fueron una verdadera pesadilla. Torturantes obsesiones me mortificaban, provocándome sueños absurdos, vagas semblanzas de lo sucedido y que me hacían jadear de angustia. La aceptación del otro, de ese otro que flotaba en el ambiente milenario de la cristiandad febril, me hacía temblar de miedo y, cosa paradójal, de risa. Y a esos contradictorios sentimientos debemos añadir la enorme tristeza que me produjo la muerte de Ema. Horribles días fueron, por mi vida. Nunca creyéralos tan llenos de veneno. De esa depresión me arrancaron un día para anunciarme la libertad.

Al lado fuera del edificio me esperaban mis abogados y entre ellos Amorín, el doctor psiquiatra que, aprovechándose del misticismo popular, me había salvado de la horca. Lo saludé afectuosamente y, muy feliz de verme en completa libertad, sin una Ema a quien amar o corromper, por breves minutos, sin ningún proyecto en la cabeza, cogí el volante entre las manos.

—No maneje Ud., querido.

Miré sorprendido a mi interlocutor. Hice lo que él quiso. Estaba manso como un niño y piadoso como un cordero. Se lo dije y él se rió. Entonces, aprovechándome de ese instante de amistosa confianza, le pregunté al oído:

—¿Cree Ud. en el otro?

Se encogió de hombros con indiferencia. Insistí en la pregunta. Yo guiñaba los ojos, recuerdo, como si estuviera loco.

—Sí, me dijo muy quedo, yo creo.

—¿En él de los cuernos?

—Sí, amigo mío, en el de los cuernos.

—Hay que estar preparado porque vendrá...

—Así lo creo.

Reposé la cabeza un instante sobre el hombro de ese amigo comprensivo y me dejé llevar por los vaivenes del cómodo aerodinámico. A poco llegábamos a nuestro destino.

—¿Qué es ésto?, pregunté al desconocer el edificio.

—La casa del otro, me respondió el malvado médico.

—Y, ¿por qué me traen aquí?, pregunté desesperado al ver inútiles mis esfuerzos por huir. Los abogados y los enfermeros que salieron a recibirme no tardaron en dominarme. El calor exasperante de las paredes y los delantales blancos de los empleados me revelaron la ridícula verdad. Volví a protestar.

—¿Por qué, miserables, me traen a esta casa?

—Porque sí, me respondió Amorín, porque ésta es tu casa.
PORQUE TU ERES EL OTRO.

Creo que el médico tenía razón. Parece que, en realidad, yo soy el que llegará antes... ¿No ven? Mis uñas crecen.

BOULDROUD

Era preciso morir, o señalar en el mapa un punto de desembarco. Nosotros sabíamos a qué género de tragedia nos conduciría esta última elección. Sin embargo, puse mi dedo en un punto cualquiera de la costa y esperé las órdenes del dueño del barco. Al poco rato nos trajeron víveres para algunos días y nos largaron a merced de las olas. Estas venían rápidas a lamer los costados de la misera embarcación, previniéndonos acaso nuestro cruel destino. Así bogamos a la deriva, porque sin timón era imposible sujetarse a norma alguna, durante las pocas horas que tuvimos las fuerzas necesarias para mantenernos alejados de los salvajes arrecifes de la costa. Dada la medianoche en mi reloj de campana de bolsillo creí realizada nuestra última labor. Junté algunos papeles, los amarré en un trozo de camisa, a la que unté previamente con la grasa de la comida y me proveí así de una regular antorcha. Las luces que dió no llamó la atención de nadie; las horas transcurrían y nosotros continuábamos en la misma desesperante situación.

—Es Ud. muy ingenuo, me dijo Helena. Y se apropió de la antorcha para encender un cigarrillo. Entonces noté la belleza de su rostro, de su pelo enmarañado sobre el pecho, y la garganta. Ella fué la que me notificó el motín que nos arrastrara a esta aventura. Mis otros cinco compañeros la miraban realizar la frívola ocupación con disgusto. Yo alcancé a percatarme del odio sombrío de esa gente, y quise hacérselo ver; pero una fuerza mayor me lo impidió. Una ola más feroz que las anteriores volcó el pequeño bote arrastrando consigo a nuestros fastidiosos acompañantes. Sujetos los dos, y Helena, a los fragmentos de lo que fué nuestra embarcación, los vimos ahogarse dando gritos de espanto:

—¿Qué le parece a Ud. todo esto?

Después de colocarnos suavemente en una roca, la ola se replegó sobre sí misma, produciendo la resaca un gran alivio en mi compañera de naufragio, que me preguntó otra vez:

—¿Qué le parece a Ud. todo esto? Y agregó: Es una pregunta retórica que se me ocurre. Tengo el cuerpo húmedo de agua salada y no sé nadar. Y como ya amanecía: Y lo peor es que la tierra queda lejos.

En tierra firme, pensé, es muy fácil volcar a golpes de espalda a una niña que se ama; pero en una roca, rodeado de peligros, es mucho más difícil.

Ella gritó:

—Quédate amanecer ahí.

—Yo me reí solitariamente a su lado sin pensar en recuperar la ropa que un golpe de mar me arrebató. Se puede decir todo en un instante así, pensé, porque de nada sirve que imploremos al destino y es hasta agrádeable determinarlo, insultándolo. Me arrastré sobre la costra hasta tocar sus piernas tibiamente heladas.

—¿Qué haces?

Pasé los labios en sus muslos. Ella saltó como un reptil. Soy madre, imploraba. Mejor, un recuerdo más para tus hijos. Soy hija de un inglés que vive en Jaba. ¿Qué me importa! La condición de madre, de hija, de soltera, de viuda no me interesa. Puedes darme un cuarto de hora de tierra firme. En ti surgen los desiertos, los oasis. Tus odios son grises, ya lo veo en este líquido sanguíneo donde mezco mi coraza de rufián. Mi natural erguido, ¿lo ves? Sientes que el amanecer disgrega sus luces diarias. Con trabajo someteré tus gustos a mi sed. Los haré a semejanza nuestra, con tus pómulos, tu vientre, tu inquietud. Y mi saliva. Al caer sobre su cuerpo, éste cruje. Ha lanzado una oleada entre sus piernas, sin duda alguna para hacerse obedecer. Entonces grita:

—Amanecer muévete.

El sol aparece en la tierra tras la bruma de los lejanos archipiélagos.

—¿Por qué me quiere mal?

Yo no puedo responder. Es horrible lo que pasa en mi organismo; me quemo entero, me deshago, me derramo en fuego vivo. La humedad de la roca no puede remediarme. Me sumerjo en el mar y espero que ese ardor se pase. Ella se inclina sobre el musgo de la orilla mientras une sus muslos y las llamas disminuyen.

—Me llamo Bouldroud, asegura, y puedo divertirme haciendo llamas.

Me seca con sus dedos caloríferos. Soy madre de un muchacho, continúa. Su padre fué un hermoso joven venido de los polos. Puedo asegurarte que él ha sido el único que ha podido poseerme. Mi padre, un médico de Irlanda, estudió mi mal sin resultado alguno, y los otros médicos, más pedantes, hicieron un diagnóstico tan divertidamente rutinario que aún ahora me da risa.

—¿Qué dijeron?

—Que tenía un mal venéreo. Posiblemente. Pero incomunicable. Yo arribé a la certeza de su completa ignorancia cuando me metieron sondas de agua fría por el sitio en discusión, agua que yo inmediatamente devolvía en forma de leche azucarada por todos los hoyos de mi cuerpo. A mi padre al principio se le ocurrió sacar partido de mi originalidad, pues, como pudo comprobarse, el agua así pasada a través de mi organismo adquiriría en su interior saludables condiciones medicinales. ¡Bravo!, decía mi padre, cada cavidad tuya tiene un sabor diferente, ¿estúpido decirlo, verdad? como las distintas llaves de una fuente de soda. De aquí saco té, de allá café, etc.... En tu caso tendré específicos notables para enfermedad que me interesa. Se ha comprobado que la albúmina azucarada de tu boca, sana el corazón; que el azúcar diluido de tus narices, cura los pulmones; que el agua profana de tu trasero cura el raquitismo, la melancolía y el mal de amores. Yo me presté con repugnancia a sus experimentos, primero, porque debía pasar los días con las piernas abiertas recibiendo cubos de agua para vomitarlos enseguida sobre vasos dispuestos expofesos, por las distintas fuentes de secreción externa

que Ud. sabe, segundo, porque mi padre se había hecho tan avaro que quiso aprovechar mis oídos también para su Industria que él llamaba la Humanitaria Industria. Yo había reservado los oídos para oír mi música favorita, la tiranía paterna me hizo huir. Llegué a un bosque donde un viejo leñador después de querer violarme me introdujo en un jardín. Allí ví al joven llegado de los polos. Y sucedió una escena cruel que no me hará olvidar ni su odiosa tentativa, ni el naufragio, ni esta roca cercada de peligros.

En mi dirección marchaban varios personajes. Uno de ellos, acaso el más joven, se destacaba por su hermosura que al resplandor de la noche se hacía evidentemente sobrenatural. Sin embargo, él se lamentaba, como un personaje de novela de caballería, y los otros personajes, sin duda alguna, sirvientes suyos, hacían muecas de dolor y desagrado. Esta extraordinaria escena me indujo a participar de incógnito en lo que pudiera sobrevenir, a pesar del gran deseo que sentía de avanzar hasta el "desfile", y ofrecerle mis favores al quejumbroso joven. No obstante me contuve.

Ví su piel cambiarse, aparecerle pústulas malignas en sus mejillas, apercibí su cutis con grandes manchas escoriáceas encima.

—¿Qué tengo?, preguntó.

Su voz sonó a falso, como venida de un sueño. Corrió en todas direcciones para hacer prevalecer su inquietud en los demás. El jardín permanecía silencioso, ausente de toda afección, tal deben ser los jardines, bestiales y callados. Corrió hacia el agua que salía de un venero. La imagen que encontró en su espejo terminó de horrorizarle.

Yo estaba muda, sobrecogida. No recuerdo haberle dicho que el leñador después de su intento me atigró con su rebenque a latigazos, sin duda para complacerse sádicamente conmigo, ya que en la forma cotidiana mi naturaleza ígnea se lo impedía. Los dolores que sentía después de la brutal gimnasia me dejaron aniquilada. Tendida, pues, en el césped, asistí a la escena que le narro.

No era lepra, no; ni ninguna enfermedad conocida, ni si-

quiera imaginada por un torturante texto de patología, lo que aquejaba al bello rostro de ese joven. Demostraba la existencia de una enfermedad mucho peor que aquellas, con ferocidad, como si la luna que encendía aquel paisaje, la ayudase a florecer en su semblante. Una enfermedad curiosa y a la vez atractivamente informe.

Su rostro se vaciaba en gusanillos, en criptógamas carnales, retorcidas y viciosas, en un enjambre discontinuo y murmurante. Secas ramas de tuberosas brotaban de sus pómulos, aniarillas vegetaciones de sus párpados, y sus ojos hervían echando humos, mientras sus sienes despedían llamas. En su boca se agitaba algo así como un insecto de alas erizadas y en los flancos de su lengua salían áspides de pus.

Lancé un grito de horror. Los otros personajes se retiraron. El ansiaba correr hacia mí, abandonándolo todo. Pero algo, un deseo secreto, lo detuvo. Una presa deforme que distinguió en la sombra acicateó su apetito. Acercó sus dientes a la carne y la manchó. Su baba corrió sobre la dura epidermis de la tierra hasta formar hilillos que sus pies evitaban tocar con repugnancia. Hambre, eso había en su organismo transformado, un hambre inmensa de caer en los objetos, de invadirlos con el humus arterial de su indecencia, de profanarlos hasta hacerlos depender de su pavor.

Entonces aparecí en la obscuridad, desnuda y con las manos atadas en la espalda, tal como me dejó el infame leñador.

—¿Quién eres?, me preguntó. Esta vez su voz sonó más dulce. Era tal vez el único homenaje que podía conceder a mi soledad. En cuatro pies se acercó hasta mí, lamiéndome los flancos, como un can agradecido.

—Yo soy Bouldrout, le dije. Me dijeron que no existías. A no dudarlo tú eres la persona agraciada por mi destino. Tú entrarás en mí.

Y mis manos lo atrajeron hasta hacerlo copular. Un ¡ay! brotó de mí. El agua me ocupó con sus amígdalas y lancé un niño de humo por la boca.

Después no lo ví más. Huyó de mí hacia la frontera de su país natal y yo regresé a Inglaterra, donde mi padre quiso proseguir su humanitario trabajo sobre mi cuerpo.

—Yo le pedí una cosa al destino, me dijo, la riqueza. Y me dió una hija. Tú eres mi celebridad. ¡Ea!, ponte de espalda. Este será el último cubo de la tarde. Mañana es Pascua y debemos festejarla.

Sin embargo, a pesar de esa tonta ocupación mi cerebro continuaba elaborando otros proyectos. Mi nodriza, nunca tuve madre, me había dicho que en los polos existe la estalagmita varonil en una gruta. Esa estalagmita llegado el verano abandona, con sus otros estalagmitarios la región helada para venir al centro de la tierra a enamorarse de la mujer termal. El fuego al juntarse al agua produce la escoria, pensé, y en esas devanadas imaginaciones conservaba la necesaria presencia de ánimo para arrojar leche por mis ojos, azúcar por mi culo, friegas de lumbago por el sexo, sin equivocar el íntimo procedimiento.

Como la actividad misteriosa de mi padre inspirase serios recelos a la policía europea, y como además, después de mi escena de amor en el bosque, mi organismo perdiese toda virtud curativa, y los medicamentos extraídos de mi cuerpo resultasen totalmente abominables, nos fuimos a Jaba, donde el digno autor de mis días continuó la explotación de la humanitaria industria. Aburrida nuevamente decidí este viaje. Tú sabes lo demás. El capitán del barco se enamoró de mí, amotinó la tripulación compuesta en su mayoría de bandidos sin escrúpulos. Tú saliste a mi defensa con la gente de tu banda con los interesantes propósitos que ahora revelas y que te han hecho permanecer indiferente ante la desgracia de tus compañeros.

—Bouldrout, le dije, yo sabía que existías. Quisiera salvarte, salvarnos.

—Hay un medio, me dijo. Mientras no aparezca un barco es necesario que yo te mantenga y me alimente a mí misma, como las bestias hibernales. Había olvidado decirte que mis jugos son también muy nutritivos.

Todas las mañanas, durante un año, debí aplicar mi boca a su sexo para hacer llegar a su vientre el agua salina. Mis labios se quemaron, se hicieron negros como el carbón; pero era necesario vivir. Después de repetir la operación hasta que su cuerpo, como un estanque, estaba debidamente lleno, esperaba con paciencia, lamiéndome los calcinados bigotes que el proceso interior se realizase. Esto no demoraba mucho. Pegaba mis labios entonces, a sus narices, a sus orejas, a su trasero, y sorbía con deleite el vital licor. Ella enseguida se volvía sobre sí misma y devoraba sus propios excrementos.

Bouldroud, eras el cuerno de la abundancia. Lamento mucho tu desgracia. La sal marina fué aconchándose en tu cuerpo hasta que llegó un día en que no quedó nada más que tu piel magnífica y tú, como la mujer de Loth, adentro, convertida en sal. La estatua la conservo ahora en mi memoria. En realidad se perdió. Después de una noche en que lamí los últimos residuos de Bouldroud, una tempestad se declaró sobre el Pacífico. Pasaron barcos venidos del norte, rachas de fantasmas y entre ellos un humo verde que me aisló del mundo. Cuando recuperé el sentido Bouldroud, había desaparecido.

Pero es preciso que yo diga ahora algo muy curioso. Bouldroud estaba equivocada cuando afirmó que sus virtudes medicinales habían desaparecido. ¡Gran error! Yo tenía un mal hepático antes de mi estada en esa roca y recuerdo muy bien que el capitán del barco que me recogió más tarde me declaró:

—¡Caray! Ud. tiene el mejor semblante que he conocido. Es increíble que haya permanecido tanto tiempo en esa roca.

Así, es verdad. Estoy sano y feliz. Lamento sí no poderles ofrecer esa receta. Por más que he hecho diversos ensayos en algunas niñas, éstas me miran sonriéndose con lástima y creyendo que se trata de una nueva perversión, me dejan hacer, pero sin resultado positivo apreciable.

UNA LECTORA DE OVIDIO

Vida, decía aquel fenómeno vital llamado Bárbara. La vida se desprende, como el melocotón, de una fina piel. Pueden mirarla distintos dientes de ansiedad, los dientes cronológicos de la historia, los dientes anatómicos de la ciencia, pero siempre, cualquiera que sea el observatorio desde donde se examine su complicada pulpa, la misma ansiedad excitará la vista. Aunque el hombre se aleje, como la aguja andante de un reloj, de los principios básicos de la investigación y pretenda abandonar las preocupaciones filosóficas que a estos principios le son anejas, bastará un segundo crítico para que todo el mecanismo oculto desarrolle la eterna campanada que es el ansia. El ansia, ¿de qué? Vanas son las pretensiones del espíritu por abordar en un terreno de absoluto su desazón cambiante. Lo que existe, como positivo dato de lo que nos concierne, es el deseo, deseo tanto más terrible cuanto más acicateado por el horizonte negro que le rodea. Desde que somos niños, hasta la muerte, esta actitud vital variará de formas, pero nunca de contenido. Es siempre el mismo impulso el que nos determina a regir nuestros actos según convicciones más o menos estimables. Para disfrazar nuestra ignorancia podemos llamarle con numerosos nombres: deseo, ansia, estudio, incluso algunas veces, lucha.

Esta lucha por vencer un porvenir, por cambiarlo a su manera, por ver con afán nictálope en la sombra, fué la tónica de Bárbara después de grande. Como se vé, esto no tenía nada de original, ni a ella tampoco le importaba esta falta de originalidad. Por otra parte, el mundo deseoso de romper en las murallas del prejuicio su cabeza descubierta, elige la cabeza más notoria para que lo haga en su representación. Bárbara, sin darse cuenta del horrible procedimiento, aceptó esa iniciativa y en la primera ocasión se precipitó

contra la odiosa muralla tras la cual se apelotonan los burgueses. Pero no se crea que esto se efectuó en los términos de duración de una colisión cualquiera. Necesitose una vida completa, una vida, que por lo demás, sobrellevada humildemente como era, no interesó sino a muy pocos espectadores.

Nació Bárbara en Atenas de un amoroso impulso del embajador vienés y de la aceptación espontánea de una cortesana del Pireo, vivió la mayor parte de su vida reclusa en un albergue de los Alpes y después de madurar en tierra brasilera se acercó a estas tierras del sur donde se estableció definitivamente. Llegado acá, lo primero que hizo fué comprarse un lote de terreno y construir una moderna habitación a gusto de sus internacionales dilecciones, construída la cual se echó en una otomana y se dedicó a leer a Hegel. Hubiérale bastado esa lectura por sí sola para endiablarse su contristado ánimo; pero quiso el destino tocar a su puerta y lo hizo en la forma que le es más habitual. Fácilmente se comprenderá que Bárbara no tuvo un día qué llevarse a la boca, fuera del dedo claro está, con que daba vueltas a las páginas del filósofo de la historia. Héme aquí, pensó, a la mitad de la vida, perdida en una sombría selva. Y, sin pensarlo más, se dirigió a una agencia de empleos.

—Bárbara O'Donell, cuatro idiomas, profesora de natación, lectora de Ovidio.

—¿Lectora de Ovidio?

El empleado que la atendía en la agencia, frunció las cejas y giró el volante del teléfono:

—En esta dirección la atenderán...

Extrañada un tanto, Bárbara, por la diligencia del amanuense, se dirigió a la caja y pagó los honorarios de la agencia. Atravesó corriendo las calles de la ciudad y golpeó en la puerta que le indicaron, sonriéndose atrevidamente, algunos transeúntes. Después de esperar algunos minutos la puerta se abrió y una persona de sexo incierto la recibió con frases halagüeñas y palpó de inmediato sus más encantadoras carnosidades.

—Estás muy bien, ángelito, muy bien...

Bárbara entró a un dormitorio. En una cama yacía un individuo de extenuado semblante y relampagueantes pupilas. Cerca de él había una mesa con un florero encima y una flor descomunal. El resto de la habitación parecía sumergido en la penumbra, dando este singular fenómeno óptico un extraordinario interés a lo que la vista del forastero no podía abarcar en los primeros momentos. ¿Será preciso decir que Bárbara se resistió a pasar ese umbral? Detúvose, pues, junto a la puerta y haciéndose visera a los ojos con la mano, observó, durante el rato que le dispensó amablemente su introductor, la escena de la cama. Pudo entonces darse cuenta de que el personaje que yacía en el lecho pasaba de la edad de las conscripciones militares, lo que le hizo desechar toda sospecha de hallarse en casa de un desertor. Avanzó hacia el enfermo y le preguntó su nombre.

—Abdón me llaman, contestó el otro, y padezco esta fiebre por no saber amar.

—Nunca pensé que la naturaleza pudiera descargar sus furores en un hombre por tan inocente falta. Ocurríase al contrario que las infracciones al amor eran más bien premiadas con exceso, que el vicio era sellado por un general, unánime, consentimiento... Su misma voz cortó de cabeza sus reflexiones.

—¿Qué extraño es todo esto; pero... dígame, ¿cómo?

—¿Conoce Ud. a Ovidio?

—¡No he de conocerlo! Soy lectora en alta voz del *Ars Amandi*.

El febriciente personaje se solazó de gusto. Indicóle con la punta de las manos el rincón más oscuro y distante de la habitación. Bárbara obedeció automáticamente su silenciosa orden y llegó así a un anaquel de donde extrajo, siempre en forma automática, un volumen de la colección Nissard de autores latinos. Abriólo en aquella parte en que el poeta se complace en describir el cuerpo de la amada. Pero como el otro, que hasta ese momento parecía dispuesto

a oír, se revolviese furiosamente en las sábanas, Bárbara prefirió guardar prudente silencio, por lo menos mientras durase esa crisis.

—Si yo no quiero que me lean.

Miss O'Donell abrió los ojos en lo que sus músculos faciales se lo permitían. Ahora comprendía perfectamente los deseos del afebrado personaje.

—¿Quieres una demostración en la práctica entonces?

Desde aquel día la situación económica de Bárbara mejoró bastante. Podía enjuagar su boca con el dentífrico más fino, aunque después debiese utilizarla en cprobiosos menesteres junto a Abdón. Pero, ¡qué queréis!, la costumbre nos va enseñando la manera de aceptar la inutilidad de otros gajes de la higiene y no por eso dejamos de glorificarla e incensarla a diario.

Mientras tanto, sin embargo, su fortuna manteníase invariable, pues mientras el termómetro que todas las mañanas aplicaba al enfermo marcase un centígrado de fiebre y no descendiese hasta dar por terminada su tarea, todo marchaba sobre plumas, caricias y, lo que es mejor, libranzas a la caja. Pero le era imprescindible, ante todo, precaverse de la dolorosa posibilidad de que Abdón recobrase la salud. Eso requería bastante fuerza de voluntad. Seguir el curso de los acontecimientos con atención, crear por todos los medios posibles un ambiente propicio a la fiebre. ¿Qué mejor para lograr ese fin que el ansia? Digamos de paso, para descargo de la conciencia de Bárbara, que ella no inventó nada. Fué el destino quien se puso de su parte, o para decir mejor, el eterno femenino de sí misma.

No podría privarme ahora del deseo que me absorbe de ensayar una pequeña fenomenología de la fiebre. Es ésta, a mi modo de ver, y traduciendo a un lenguaje de imágenes, el único que puedo utilizar por ahora, todo el resabio de mi ignorancia fisiológica, es ésta, repito, un círculo cerrado donde el alma se mueve sofocada por la fuerza de atracción de la sed. Avivar, pues, esta sed, estimularla por todos los medios posibles, era la expedición más rápida que Bárbara pudiera tener entre manos. ¿Cómo lo hizo? Ya los antiguos

describían ese medio, al colocar a Tántalo cerca de la fuente. Ser ella una fuente de recursos imaginativos, era una preciosa tarea que no se divorciaba con su índole y que Bárbara trató inmediatamente de realizar.

Los primeros días fué aquella una tarea fácil y casi agradable. Abdón cuya carne se había mantenido pasiva durante tanto tiempo, exigía poco de Bárbara. Pero el transcurrir del tiempo, la costumbre, que hasta al placer lo consigue envenenar, le hizo arisco, extraño a sus primeras solicitudes, deseoso en fin de cosas ingratas y caricias feroces. A todas estas veleidades de su amante se sometió gustosa la hegeliana Bárbara; pero cuidándose siempre de guardarle un margen a sus deseos. Agotado ya por las visiones que el vicio presenta a diario a sus incensadores, Abdón convirtió sus inquietudes a nuevas ansias. Ya no era principalmente aquel deseo de vivir sobre el delirio, ni la mitad de su placer habitual, sino otra forma más feroz, la última planicie habitada del deseo de vivir la que complicaba sus actos con extraños pensamientos y perversos ritos.

El ritmo de constancia a que había acomodado Bárbara su propósito de consentir a todos los deseos de su febriciente amigo, llegó a quebrarse, y no porque esta acomodación perpetua a ese delirio ajeno le molestase en lo más mínimo, o, llegase a rebajar una pulgada de independencia a su deseo de vivir, sino porque los ritmos, aun los del placer, tienen por fin de vida una estúpida concesión a la muerte, a la vulgaridad o a la histeria, y porque lo que va conducido por el hilo de la conservación individual debe, tarde o temprano, ingresar a la zona del Todo. Ese aspecto maravilloso tiene la costumbre, lo previsto, lo planeado: termina siempre por dar de bruces en lo inacostumbrado, en lo imprevisto, en lo que no está sujeto a plan. Pero digo mal si afirmo esto en un terreno de absoluto, porque si bien es cierto que la naturaleza, tanto los cielos como los mares, no viven sujetos a plan alguno humano, también lo es que nada es tan estrictamente matemático como esos mismos cielos y mares que al parecer se enredan en los hilos invisibles del azar.

CHANCHO BURGUES

Servido los primeros platos de aquella copiosa comida, yo me decía: hete aquí, ahora viene el veneno. Alguien, al salir de mi habitación, situada en uno de los pisos más altos del hotel, me había advertido que en ese almuerzo se trataría de envenenarme. Enemigos ocultos y violentos, como me lo anunciara tiempo atrás un horóscopo de organillo, tratarían de desembarazarse de mi antipática presencia. Las razones, por lo demás, estaban ya proporcionadas por ese inhóspite clima de vesania, en donde, como en un amnios pavoroso, se hundía aquella gente. Agreguemos a esto, las múltiples demandas de dinero que se me había hecho para subvencionar empresas de inverosímil filantropía y a las cuales yo me había negado con testarudez. Confiados ellos, mis enemigos, en la abundancia de mi bolsa, trataban de esquilmarne con frecuentes peticiones. Pero estaban engañados. No tenía un céntimo dispuesto para esa clase de donativos y además no quería ayudar a nadie, ni siquiera con un consejo. Eso, más que nada, influyó seguramente en la fatal determinación de esos bandidos piadosos, haciéndoles pensar en el crimen, como en un medio mucho más eficaz de poder robarme. Al percatarse de mi ningún sentido de la caridad cristiana, o como se la llame, invocaron, al principio, toda suerte de recursos exhaustivos, como el chantage sentimental, el recuerdo de una madre envejecida y cariñosa, etc., y como se dieran cuenta de la ineficacia de estos métodos, desecharon todo escrúpulo, y, según me avisaron oportunamente, se dieron a imaginar el cruel procedimiento de acortar mis días.

Ya el primer día que residí en el hotel, recibí la visita de una joven, la misma que después continuó asediándome y que, por fin, sin duda alguna, obedeciendo órdenes superiores, me dio a conocer el peligro que corría. Esa joven entró a mi cuarto sin avisar

su entrada. Yo estaba aún acostado. Al querer, como se supone, bastante asombrado por tan inusitada intrusión, interrogarle a qué obedecía su presencia en mi cuarto, ella protestó, apagando el sonido de mi voz.

—No es necesario que entre en circunloquios, señor, para explicarle a Ud. a qué vengo. Me envía la Sociedad Científica de la Montaña.

—No sé qué sociedad es esa, repuse, y además podía haber esperado un momento más oportuno para hablarme.

—¿Para qué? En esa pregunta se apoyaba todo su ser orgulloso. Una sociedad de beneficencia trabaja siempre en el secreto...

—No creo que una alcoba en todo caso...

—Sí, me dijo, una alcoba es siempre un lugar propicio para tratar ciertos asuntos con un hombre como Ud. No es que quiera entusiasmarlo con mis encantos. Pero si quiere una retribución, por muy pesada que sea esta...

E hizo un ademán impúdico con el cuerpo. Este gesto resultaba aún más penoso que en cualquiera prostituta, por la falta de coordinación espiritual de su impulso, por el asco que a duras penas soportaban los temblores de sus miembros. Horrible sentimiento dual que me hizo conocer entonces, en toda su magnífica miseria, esa hoguera de poderes ocultos que constituye la savia central de un cuerpo de mujer.

—No tomo, ni doy, me defendí. Mi voz se hacía transparente, sin embargo; apenas servía para tapar la incandescencia glandular de mi deseo. La menor circunstancia me habría impelido, lo declaro, cometer un desacierto, tanto más fatal cuanto que, no sólo mi bolsa y mi propia dignidad me lo impedían, sino también la extraña dolencia que minaba mi organismo. Ella debió comprender ese instante de suprema debilidad en que estuve oscilando, pues aprovechándose de ella, se quiso meter en mi cama. Me separé violentamente:

—¿Qué sociedad es esa?

—Ninguna sociedad, candoroso mío, ninguna sociedad... Entre tú y yo no existe ninguna sociedad...

Al ver que yo permanecía impertérrito, cambió de actitud. Asumió la más horrible, o sea, la que yo mismo en esos momentos trataba de asumir, la actitud de la dignidad herida.

—La sociedad quiere dinero, me dijo, porque necesita maquinarias.

—¿Para qué?

—Los fines secretos de la sociedad me lo impiden revelar, objetó.

—No tengo un céntimo y aunque lo tuviera...

Me erguí en el lecho enfurecido.

—Ud. verá, comentó la joven, retirándose.

Durante esa semana repitió ordinariamente su matinal visita, llegando su impudencia hasta el extremo de insultarme.

—Hombre egoísta, me decía, canalla, malvado. Eres como los puercos, un ser sin horizontes.

Ofendido por lo que, aún, consideraba un desacato, siempre imbuído del orgullo que me prestaba mi prestigio comercial, quise enojarme; pero ella no me dió tiempo. Se alejó apresuradamente por una de las avenidas laterales del jardín.

Cuando presenté mis quejas al dueño del hotel, éste se disculpó diciéndome que él no tenía ningún poder para impedir la entrada a esa gente en su casa. Según supe después, el muy canalla, trabajaba en combinación con la benéfica sociedad.

—Pero es que pueden asesinar me, protesté, y en ese caso Ud. será tan culpable como ellos.

Al poco rato recibí mi cuenta detallada. Habían hecho una rebaja del diez por ciento del total. Intrigado, pregunté a qué se debía ese inesperado favor. El empleado me respondió, enigmáticamente:

—Es el coeficiente de peligro que la casa abona en favor del cliente cada vez que éste se ve amenazado por la sociedad.

Esto colmaba toda medida. Bajé rápidamente al escritorio y, sin reflexionar en lo que hacía, interpele al oficinista:

—Dígame dónde está ese hotelero de todos los diablos. ¿Por qué me molestan en esta forma? ¿Que acaso ignoran que estoy enfermo?

Caí sin aliento en un sillón. La ira, la enfermedad, me sofocaba. Mis gritos de cólera me rodearon muy pronto de curioso público. Entre la gente que acudió, tratando sin duda de aplacarme, se hallaba la maldita visitante de todas las mañanas. La muy desvergonzada llegó en su impudicia hasta atreverse a ofrecirme un vaso de agua. Sobre el espejo de la superficie se veía una mancha amarilla, como de aceite. Lo rechacé con repugnancia y, poniendo por testigo a toda esa gente, pedí que se analizara químicamente el contenido de ese vaso. La gente se sonreía compasiva. Un señor de cierta edad me tomó el pulso y me declaró febril. A pesar de todos los esfuerzos que opuse, me trasladaron, quieras que no, a mi cuarto y, entre todos, me desnudaron y, colocándome una masa de hielo encima, me dejaron en la penumbra, en soliloquio con mis temores.

—Pero esto es el colmo, me decía. Esta gente se ha propuesto acabar con mi vida.

No sé cuánto rato duró mi sueño. Debió ser éste agitado y lleno de espantosas pesadillas, porque desperté transpirando y aún más desasosegado que antes. En el umbral se hallaba la joven, sonriéndome. Es el rostro que aparece ante la imaginación de los condenados cuando toda esperanza está perdida, pensé, y haciendo un gran esfuerzo de voluntad traté también de sonreírle. Fue entonces cuando me hizo la fatal advertencia de muerte a que me he referido más arriba.

—Vas a morir, endemoniado puerco, me dijo. Vas a morir envenenado. El que come como un bruto, sin cuidarse de los demás, encerrado en el sadismo de su voracidad miserable, encontrará un castigo en las golosinas que tanto le placen.

—Estoy enfermo, repliqué, mis pulmones están débiles, necesito comer bastante para reponerme.

Era extraño. Jamás había pensado en esas odiosas pruebas de mi decadencia física. Mis pulmones ya casi no trabajaban. El aire que respiraba estaba viciado y tenía la convicción íntima de que moriría, como un pez fuera del agua, totalmente asfixiado. Aunque mi aspecto no denunciase ningún cambio notable, y mi complexión aparente fuera sólida y robusta, yo sabía que estaba condenado a muerte. Por eso trataba de llenar mi estómago hasta quedar ahito. Tenía miedo de morir y mis lágrimas corrían por la superficie oblonga de mi vientre repleto, como la esperma por los costados de un cirio votivo, acumulándose en repugnantes repliegues de cebo.

—Vas a morir, puerco del infierno, repetíame la cruel. Vas a reventar como un globo cautivo...

Con un movimiento convulso de las manos atrapé los edredones y me cubrí los ojos. Algodonada su voz, a través de la muralla de franela, seguía repitiendo su vesánico estribillo.

—Vas a morir, puerco, vas a morir envenenado.

—Basta, grité al final, basta.

Las lágrimas corrían embadurnándome las barbas. Mis intestinos, por otra parte, se retorcián desesperadamente. Tenía necesidad de estar solo, de sentir ese aire caliente de la cama sobre mi rostro, de sentirlo vaporoso y continuo, sin la malévola interrupción de sus crueles amenazas, para convencerme de la existencia de mi vientre, de mis pulmones condenados a la asfixia; quería sentirme vivo, en fin; pero ella me impedía ese espontáneo consuelo. El rumor obtinado de una de mis tripas (a menudo sufría de gastralgias), la hizo reír con más crueldad aún que antes.

—Sí, al placer de la asimilación el otro placer...

—Basta, le repliqué.

Estaba tan desesperado, que en esos momentos habría abdicado gustoso a esa fortuna tan penosamente adquirida y que ahora se convertía en el motivo capital de mis temores.

—Basta, repetía, basta.

Entonces ella, acaso compadecida de mi estado, se retiró.

Metí la cabeza debajo de las sábanas y examiné a grandes rasgos mi vida presente y pasada. No tenía ninguna esperanza, ya, de restaurar una felicidad para siempre perdida. Ahora, esta sensación turbia, esta formación oleaginosa que flota sobre los líquidos mantenidos durante mucho tiempo a la intemperie. Recordaba, y usaba de ese recurso conmemorativo nada más que para pedir a la memoria un instrumento de interpretación física, recordaba, repito, una gran olla de caldo que ví una vez, expuesta a los rayos solares, en el comedor desierto de un hospicio. Largos y tibios fideos de harina flotaban sobre la espumeante superficie de ese caldo atroz. Amibas extrañas, delirantes creaciones de una mente deglutiva, los fideos corrían en todo sentido. Canoas automóviles de harina, ellos desempeñaban acaso el primer estadio de la fantástica regata del hambre. Los pobres metían sus manos ávidas en el humor grasoso y las retiraban goteantes, llevándolas a sus bocas engreídas. Tal era mi estado de ánimo: una olla de grasa sólida donde los pobres, toda clase de mendigos de aquellarre, podrían meter sus manos. Me erguí en la soledad del cuarto y después de prometerme valor bajé nuevamente a la oficina.

El empleado, cuando me vió, quiso tocar el timbre. Sin duda se temía otro exabrupto. Lo tranquilicé con un ademán y le hice ver que descaba permanecer en el hotel el resto de la temporada.

—A pesar de todo, le dije.

El empleado me miró sorprendido. Se inclinó sobre el hombro de una de las mecanógrafas que trabajaban allí. Debieron comentar risueñamente mi nuevo pedido, porque sus risas me alcanzaron hasta el vestíbulo. Hice lo posible por aparentar indiferencia y me senté a la mesa. Los platos desfilaban ante mis ojos sin que yo poseyese el valor siquiera de examinarlos. Varias veces el muchacho que me atendía intentó preguntarme algo; pero, sin duda alguna, obedeciendo a una consigna, se retiraba silencioso con los platos intactos.

—Lucha entre el deber y la piedad, me decía.

La sola constatación de estas dudas en un corazón de lacayo como el suyo, acaso a sueldo de mis enemigos, me prestó ciertas fuerzas. No contaban, pensé, con la inclinación tan natural en los humanos de asistirse mutuamente, con esa solidaridad que se establece entre dos hombres por la simple coincidencia de pensamientos que origina el ser esclavo de los mismos vicios. Un simple guiño nos había bastado para reconocernos alcohólicos y glotones, miembros de la cofradía drolática del tonel y de la gula, y ese guiño me ponía a salvo, por lo menos, durante unos días, de cualquier atentado de parte de mis enemigos.

Mucho más alegre de lo que hubiera sido posible un momento antes, me levanté de la mesa. Experimentaba una extraña y agradable sensación de ingravidez en la columna vertebral. Grandes afluentes de un río misterioso corrían por mi espalda, descendiendo en finos deltas de vibración nerviosa. Este descenso lo comparé inmediatamente al descenso del mercurio en el país numérico del termómetro. Sensación de inexplicable origen, loca asociación de ideas, que, sin embargo, no obstante su inexplicable origen me hacían estremecer de gozo. Al llegar a mi cuarto, me estremecí involuntariamente. Junto al lecho, y como dispuesta a proseguir sus agrias recon convenciones, se encontraba la maligna joven, mensajera de esa maldita sociedad. Me lancé a un sillón para aquietar los nervios. Después de mirarme en silencio largo rato, más largo de lo que se habría permitido cualquier otro visitante, y rompiendo finalmente ese silencio con irónica voz, me alargó un talonario de cheques.

Firme ahí, querido amigo, me dijo, con eso quedará todo arreglado y Ud. definitivamente libre.

—Soy libre, protesté.

Sin embargo tomé el libretto de sus manos y leí la suma apuntada en él. Era enorme, tan enorme, que si llegaba a deshacerme de ella podría considerarme totalmente arruinado.

—No puedo firmar eso.

—¿No puedes, puerco?

—No puedo, balbucí.

—Eso es mentira, arguyó la endemoniada, eres tan puerco como avaro...

Por un momento recuperé cierta energía y creí poder escapar al dominio ejercido en el territorio de mi harto enflaquecida voluntad por sus palabras y por el audaz desplante de sus insultos.

—¿Quién eres tú, bribona, grité, para obligarme a darte mi fortuna?

Unos cuantos paseos me cercioraron de la inutilidad de mis palabras. Entonces, para hacerla marchar de mi cuarto, escogí un tono más novelesco.

—Salga Ud. de aquí o llamaré a la policía.

—Puerco.

—Sí, eso soy yo, un puerco infernal, agitado en la charca de mis propios hedores, hundido en la trama viciosa de mis propios deseos, sin que nada, ni siquiera el último resplandor de una voluntad desfalleciente me comunique un hábito humano, un gesto espiritual. Amo la curba lunar de mi vientre lleno, la saliva que brota de mi boca pastosa, el olor a cabello de mis ingles, de mis manos, de mis pies...

El estado febril de mi enfermedad, el auto desprecio despertado por los insultos de esa joven, el automatismo mental a que estaba habituada mi inteligencia, todo eso me presionó en tal forma que creí por instantes morir. Una inmensa furia sexual me invadió, una furia tan inmensa que durante algunos minutos desvarié como un poseso, llegando a considerarme a mí mismo un verdadero cerdo refocilándose en el barro de su yacija demencial. Salté de la cama completamente desnudo y comencé a osar en las alfombras. Recuerdo haber hundido mi *hocico* en las hendiduras del piso, haber resoplado y gruñido como un animal durante un tiempo indeterminado que después, ya vuelto del acceso, me pareció inauditamente largo. Cansado como una bestia, me lancé a la cama y estrujé las sábanas. El sudor me emblanquecía, contribuyendo a animalizarme.

Recordé el feroz egoísmo de mi vida. Ni una madre, ni una mujer, ni un amigo. Nada, nada, nada. Puros afanes, sudores congestionados y dinero, dinero. Nada, ni siquiera un atardecer tranquilo. ¿Amor? Tampoco. Al hacer este recuento espiritual me di cuenta que la imagen que guardaba mayor concordancia con mis recuerdos era un túnel, un túnel como un cálido intestino repleto de vapores, de exhalaciones somáticas. La mujer, el amor, bien pueden identificarse estos dos términos, habían estado ausente de ese túnel solitario... LA MUJER ENGENDRA HABITOS DE LIMPIEZA, meditaba, DE LIMPIEZA ESPIRITUAL, pensaba. Y, mientras me deshacía en lágrimas, me quedé dormido.

Soñé que estaba en un salón profusamente iluminado. El ambiente cristalino de esa habitación rebalsaba hacia los espejos por donde se filtraba al exterior de ese mundo imaginario, sin que pudiese darme cuenta, en realidad, de lo que había más allá de sus fronteras de cristal. Esos espejos, como si nuestro mundo hubiera pertenecido a una naturaleza de vampiros, devolvían las imágenes sin reproducirlas. Creo haber experimentado un gran disgusto al constatarlo. Entonces se me ocurrió que esos espejos eran luces de memoria prendidos allí por orden de algún genio encargado de mortificarme. Después de todo, ¿qué mejor representación para esa cabellera en eterna caída que es la memoria deslumbrante en medio de los contornos sombríos de la inteligencia? Blanca, blanca, ella baja por una espalda de ébano hasta un trasero también de ébano sin que sus ríos individuales se confundan jamás con el desierto negro por donde se desenvuelven.

Varios hombres estábamos reunidos allí en torno a una mesa cargada de manjares. Sabíamos que las delicias de ese fantástico banquete las debíamos a la bondad de un anfitrión desconocido; y que, al hacerle los honores, no sólo realizaríamos un cotidiano rito de la higiene corporal, sino que al devorarlas concienzuda y laboriosamente cumpliríamos con un deber de huéspedes agradecidos y educados.

Nuestras lenguas lamían, pues, aquellos platos y mientras más se ejercía nuestra voracidad más lamentábamos la exigua proporción de nuestras barrigas. El sudor y las mucosidades segregadas por esa gazuza homérica, no me privaban del goce inmenso de chupar, morder y lamer. Resoplaba, lamía y lanzaba miradas de reojo a mis vecinos temeroso de verme de un momento a otro despojado.

—Es un puerco, dijo alguien.

—Es un puerco, repitieron más allá.

Y todos, de consuno, se abalanzaron sobre mí.

Uno de ellos, un caballero metido en carnes y orondo como una coliflor, que tenía aires de juez de paz de condado inglés, intervino para hacer justicia.

—Es necesario castigar su atrevimiento. Pero no antes de juzgarlo.

Constituído el espantable jurado se decidió mi suerte al naipe. Había quienes propusieron desollarme vivo y hacer de mi piel un estandarte, otros, más humanitarios, que se contentaban con verme morir solamente; otros, por fin, que proponían arrancarme los ojos y freírlos en aceite. No puedo enumerar la larga serie de suplicios propuestos.

—Esto es inhumano, gritaba yo.

—No eres hombre, respondíanme, eres cerdo. Como a tal te trataremos.

—Soy hombre, gritaba, sollozando.

—Pruébalo.

Alguien, entonces, propuso el ingenioso expediente de partearme el vientre. Se rieron con la boca llena y comenzaron la feroz tarea.

Me desprendí, como pude, de mis verdugos y me dirigí tambaleando hacia un espejo. En la lámina resplandeciente apareció entonces la figura innoble y asquerosa de un libidinoso cerdo. Dí un grito y caí de espaldas.

—Ya ves tú, miserable, comentó la joven cuando estuve despierto del todo, ya ves tú... No podrás dormir en paz.

Me dí vuelta hacia la pared para no verla. Las lágrimas corrían de mis ojos lentamente. Algunas veces, muy pocas, experimentaba esa graciosa convicción de tener alas. Ahora mismo estaba aligeró. Importándome muy poco los insultos que ella me dirigía, me sentía encendido de resignación. No creáis que aquello lo encontraba en un placer; era el dolor el que me reservaba siempre ese consuelo. Hay que hundirse en la bestialidad para comprender por medio de ese proceso contradictorio el significado de lo espiritual. Ya no me importaban sus insultos. Bajé más tarde al jardín y corrí como un demente o como un ángel. Estaba feliz y como vuelto a nacer. El paisaje, impregnado de ternura, parecía acariciarme. Jamás había visto al mundo tan de acuerdo con mi alma. El grito musical de un afilador que pasaba cerca me llenó de felicidad.

Cuando regresé de mi paseo el propietario del hotel salió a mi encuentro.

—Según he sabido, me dijo, su conciencia está por fin totalmente descargada.

—¿Conciencia?, me sonreí inteligentemente, ¿qué es eso?

—Bueno, ya sé que Ud. no es ningún tonto... me refiero a la cuestión de la dádiva...

—¿De la dádiva? ¿De qué dádiva?

—La dádiva que Ud. acaba de hacer anoche a la Sociedad Científica de la Montaña y a la cual yo también tengo el alto honor de pertenecer...

Un frío de espanto corrió por mi sangre. Entonces, ¿sería verdad? ¿Es que a mí también, como al tirano Polícrates, se me ha exigido una conjuración contra el destino? Involuntariamente recordé la inmensa suma apuntada en el libreto de cheques. Si lo he firmado estoy perdido, reflexioné, completamente perdido. ¿Qué conjuración es esta, continué pensando, que me obliga a despojarme de toda mi fortuna? ¡Ah! Si sencillamente se me hubiera exigido el abandono de una simple sortija. Con comer pescado bastaba... Pero no había nada de eso. Y ahora estaba perdido. COMPLETAMENTE PERDIDO.

INDICE

	PAGINA
Una heroína de Walter Scott	3
En libre plática	25
La mujer negra	41
El rosal vertiginoso	55
Bouldrout	77
Una lectora de Ovidio	85
Chanco burgués	93